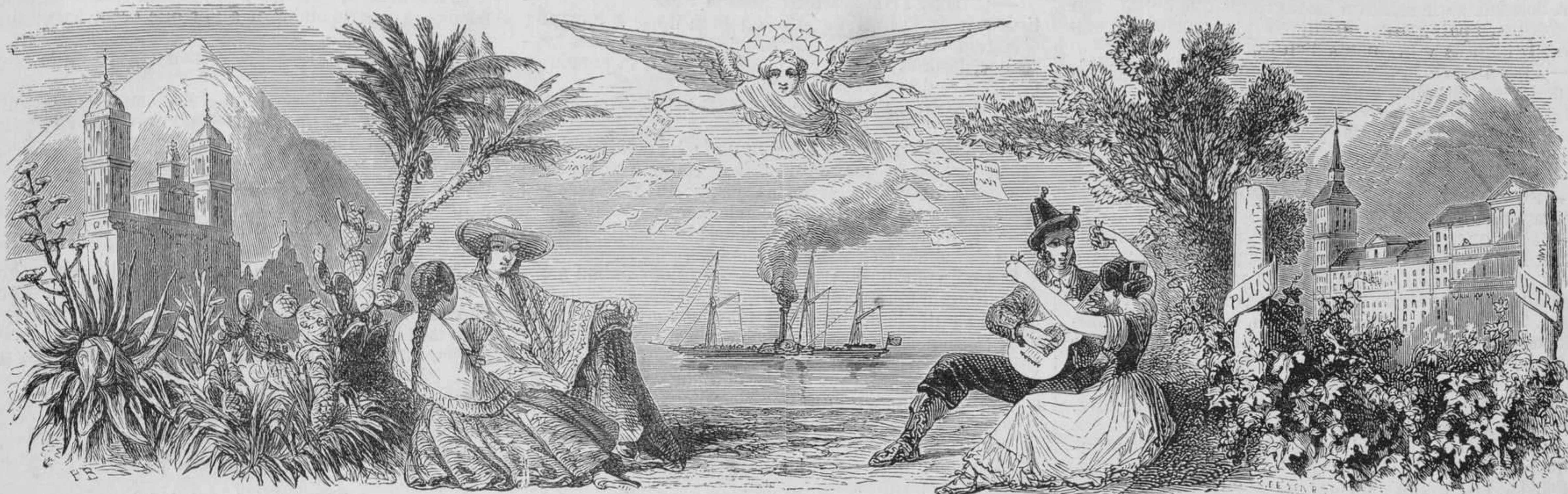


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

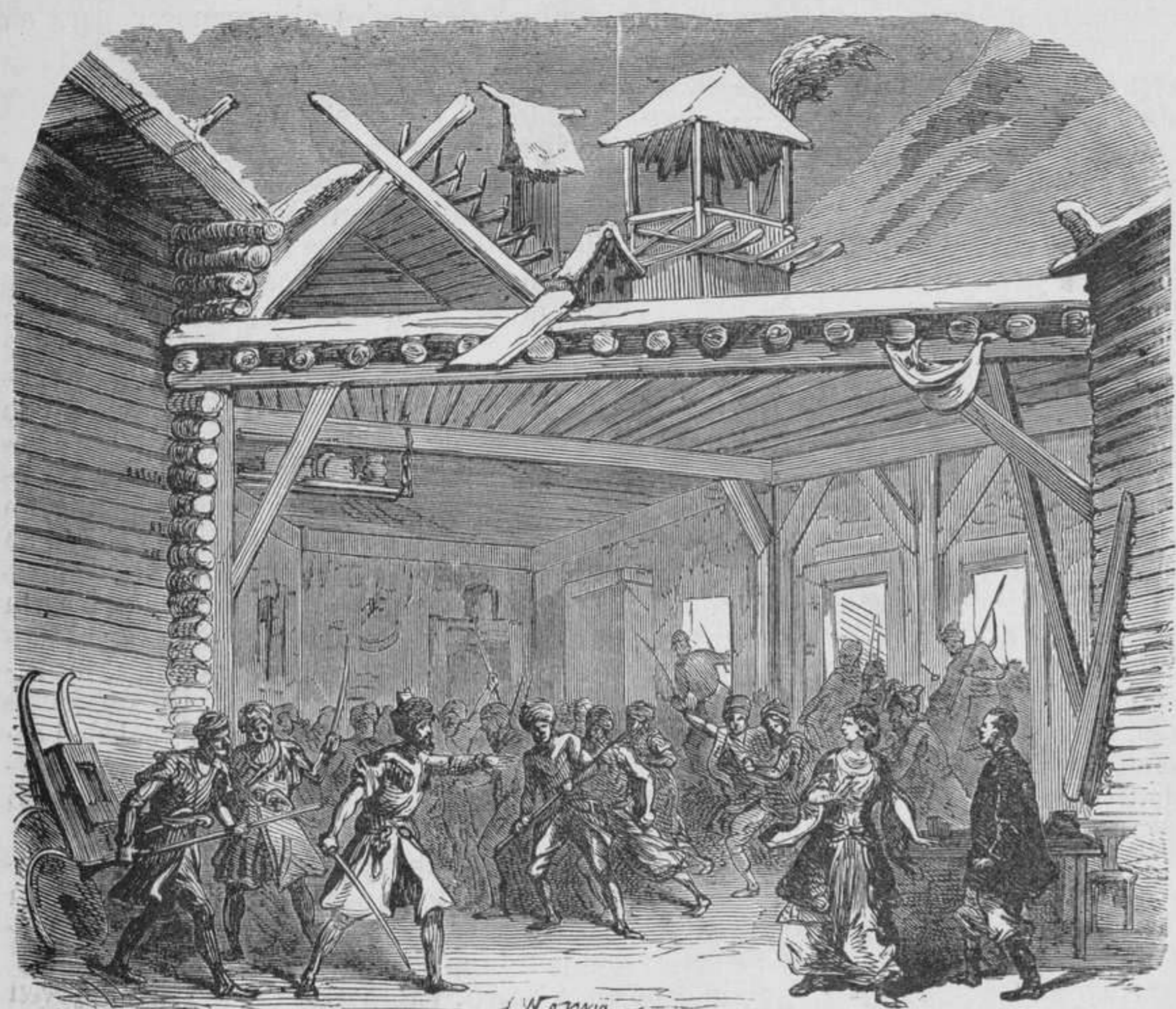
AÑO 20. — N° 426.

SUMARIO.

La Circasiana; grabados. — La enamorada. — Revista de Paris. — El mercado de animales en Paris; grabado. —

Viaje de la comision europea de Beyruth á Damasco; grabados. — Una historia inglesa. — La rendicion de Gaeta; grabado. — Las inundaciones de Holanda; grabado. — Los aventureros. — La ciudad de Lyon; gra-

bados. — Histórico. — La mañana. — Boletín científico. — Instrumento indicador de la corriente; grabado. — Pedro Espagne; grabado. — La miseria en Londres; grabado.



1er acto, escena XIV.

TEATRO DE LA OPERA COMICA; LA CIRCASIANA, OPERA DE MM. SCRIBE Y AUBER.

(Véase la Revist de Paris del núm. 424.)



2o acto, escena VII.

La enamorada.

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

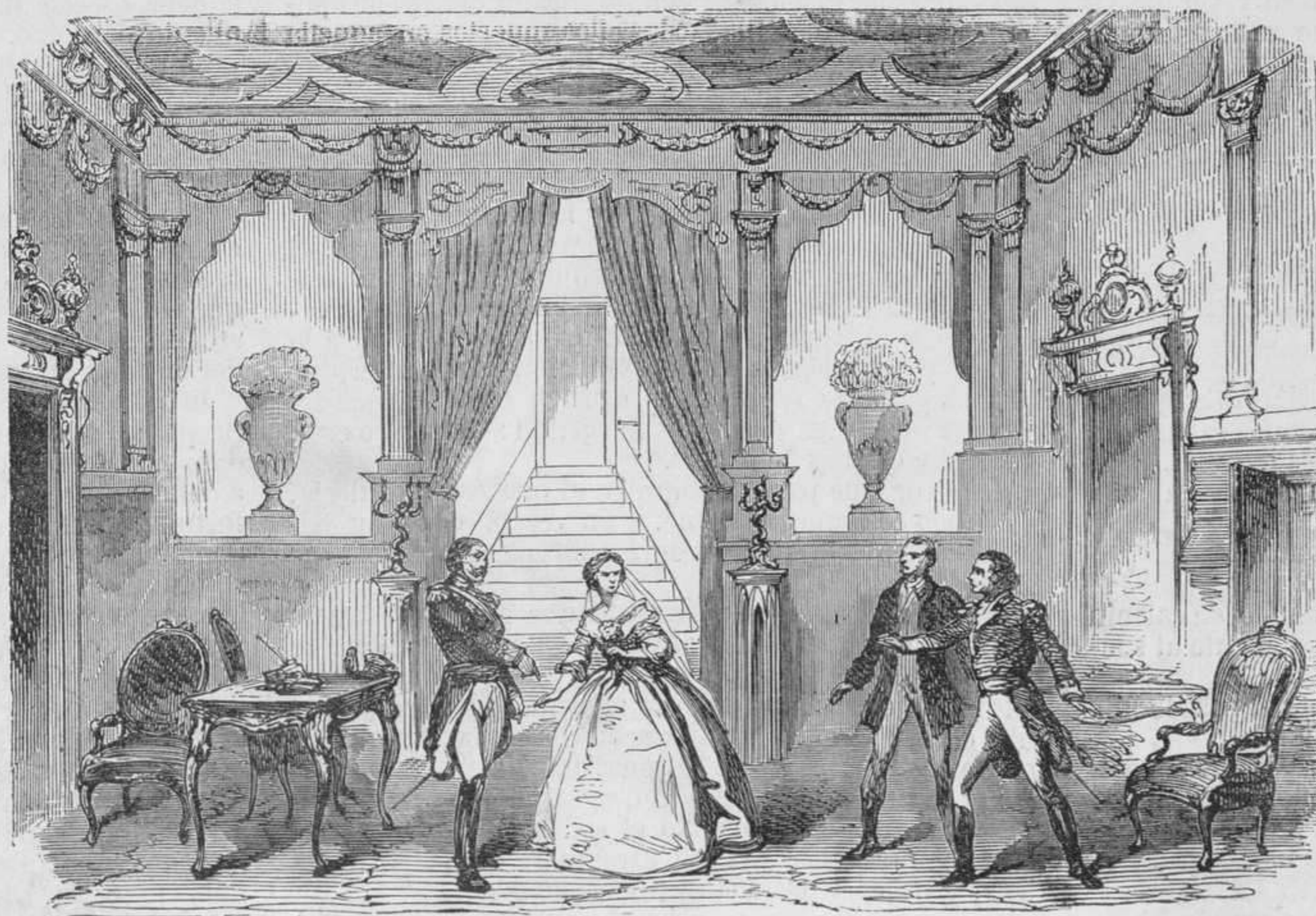
Don Juan estrechó la mano de Soledad. Esta le dió un hermoso clavel que tenia en la boca y ya le habia pedido antes inútilmente, y echó á correr á reunirse con su madre. en tanto que don Juan se dirigia á reunirse con el alcalde, que acompañado de los demás concejales y al son del tamboril que tocaba la marcha de san Ignacio de Loyola, abandonaba el campo de la iglesia.

VI.

Era un año despues de lo que acabo de contar.

El dia estaba muy caloroso, como que corrian los últimos de junio.

Catalina y sus hijos iban á comer en un hermoso y fresco comedor que tenia al Norte un balcon entoldado por una pomposa



3er acto, escena XI.

parra. Soledad cosia sentada en el balcon.

— Vamos, hija, dijo Catalina, déjate de costuras y ven á comer.

— Madre, coman Vds., que yo no tengo gana, contestó tristemente Soledad sin moverse de su sitio.

— Pero, hija, ¿tú quieres vivir del aire, como los camaleones?

— ¿Qué he de hacer, madre si no tengo ganas?

— Madre, dijo Miguel, por mas que jure y perjure el médico que mi hermana no está mala, yo creo que lo está, y hay que llevarla á que la vea un médico bueno.

— La llevaremos á Alonsótegui.

En Alonsótegui hay un médico llamado Arregui, de quien se cuentan maravillas en la parte occidental de Vizcaya.

Soledad oyó á su madre y á su hermano con indiferencia.

— Vamos, hija, ¿qué te parece el proyecto de tu hermano?

— Que yo no quiero ir á Alonsótegui, porque da miedo y tris-

teza el andar por aquellas soledades de la ribera del Oadagua.

— Pero si para tí lo mismo es lo triste que lo alegre. Bien alegre estuvo la romería de San Antonio, y no hubo medio de hacerte bailar ni reír.

A Soledad se le saltaron las lágrimas que enjugó con la costura, aparentando inclinarse para cortar el hilo con sus blancos y hermosos dientes.

— Pues mire Vd., madre, si no le gusta Alonsótegui, lo mejor será llevarla á Bilbao...

Soledad se estremeció al pronunciar su hermano el nombre de la invicta villa, y sus ojos brillaron de alegría.

— ¿Qué dices, hija? ¿Quieres ir á Bilbao?

— Sí, madre, porque allí, si no me pongo buena, veré siquiera á mis tíos y mis primos que tanto me quieren.

— Pues oye. Cuando murió vuestro padre, que esté en gloria, prometí á la Virgen de Begoña ir vosotros y yo á oír una misa en su altar si por su intercesion me daba el Señor diez años de vida para criaros y educaros. Van á cumplirse los diez años, y yo quiero cumplir mi promesa. Dentro de quince días es la Virgen de Begoña, y ese día iremos todos á Bilbao y al paso veremos un buen médico, y te quedarás una temporada en casa de tus tíos para que te distraigas y te mejores. ¿Con que te agrada mi proyecto?

— Sí, madre, sí, contestó Soledad recobrando de pronto su alegría.

Soledad era digna de compasion. Su rostro, en otro tiempo tan sonrosado, tan alegre, tan hermoso, mostraba la huella de hondos padecimientos, cuyo origen en vano habia tratado de adivinar el humilde facultativo de la aldea.

— Pero por Dios, ¿no me dirá Vd. qué tiene mi pobre hija, que se va quedando en los huesos y está siempre muerta de tristeza? preguntaba Catalina al médico.

— Señora, contestaba este, su hija de Vd. padece una afeccion nerviosa.

— ¡Ay qué pícaros males de nervios!

— Sí, señora; muy pícaros son.

— ¿Y no hay remedio para ellos?

— Haga Vd. cuenta que no: tazas de tila, ejercicio moderado y distracciones es todo lo que le conviene á Soledad... Me equivoco, que otra cosa le convendría mas aun.

— ¿Qué?

— Casarse.

— Sí, háblele Vd. de eso á la hija de mi alma, cuando en la aldea no hay un muchacho á quien no haya dado calabazas.

Llegó el 15 de agosto, y antes de rayar el alba, Catalina y sus hijos salian de la aldea tomando el camino de Bilbao.

Catalina y Soledad iban en artolas en una fuerte y hermosa mula, llevando delante á su hermanita, y Miguel y el otro hermano, ambos gallardos y robustos mozos, caminaban á pié cuidando de las caballerías.

El sol comenzaba á despuntar por encima de los altos montes desde cuya falda la Santa Virgen de Begoña vela por la noble y cristiana villa que yace á sus piés preséntandole reverente culto.

Un prolongado y sordo rumor se oía ya en todo el delicioso y poblado valle que fecundiza el Nervion, y allá arriba, hácia aquel otero donde se alza un monton de ruinas regadas con la sangre de una de las mas ilustres víctimas de nuestras discordias civiles, del hidalgo y valeroso Zumalacárregui, resonaba un alegre repique de campanas, las campanas de la Virgen de Begoña.

Nuestros viajeros caminaban por el Nervion arriba, cuando al llegar á una revuelta desde la cual se descubre por primera vez la villa y el afamado santuario, se detuvieron.

Aquella revuelta lleva el nombre de la Salve, porque al llegar allí los piadosos aldeanos que se encaminan á la villa, descubren el santuario y se detienen á saludar á la Madre de Dios con la mas bella y mas tierna de las oraciones cristianas.

En las apacibles mañanas de primavera y verano los moradores de Madrid duermen porque se acostaron á media noche ó mas tarde; pero los moradores de Bilbao despiertan al salir el sol ó antes porque se entregaron al descanso á las nueve ó las diez de la noche. Así que en tan hermosas estaciones es muy comun ver al salir el sol ó poco despues á los bilbainos mas distinguidos aspirando el aroma de las flores y las saludables y gratas auras matutinas en los paseos públicos, y particularmente en la frondosa alameda y los jardines del Arenal.

Cuando Catalina y sus hijos llegaron al Arenal, multitud de personas paseaban en aquellas deliciosas umbrías.

Todos se habian apeado en el inmediato Campo de Volantin, y en tanto que Miguel conducía las caballerías á una posada, los demás paseaban en los jardines.

De manos á boca se encontraron con un jóven cuya presencia hizo exhalar á Soledad un grito, no sabemos si de sorpresa ó de alegría: era don Juan.

Don Juan se acercó á saludar á los aldeanos.

Soledad, cuyas megiilas se habian teñido de carmin al verle y cuyos ojos se inclinaban tímidamente al suelo, apenas acertó á contestar á su saludo.

— ¿Cómo no ha ido Vd. este año como el pasado á la romería de San Antonio? le preguntó Catalina.

— Estuve enfermo por aquellos dias, contestó don Juan. ¿Y Vds. vienen á la de Nuestra Señora de Begoña?

— Sí, señor: venimos á cumplir una promesa y á dejar á Soledad una temporada en casa de us tíos á ver si se distrae y se mejora.

En efecto, que Soledad está un poco desmejorada.

— Ya vió Vd. qué hermosa estaba el año pasado por San Antonio. Pues pocos dias despues empezó á ponerse triste, triste, y tristeza ha sido, que la pobre no ha levantado cabeza desde entonces.

— Muchísimo lo siento.

— ¡Gracias! contestaron Catalina y Soledad, esta última con cierta ironía que á don Juan no se le escapó.

Miguel venia ya al encuentro de su madre y sus hermanos, despues de dejar las caballerías en la posada, y Catalina se despidió de don Juan.

Este dió algunos pasos al lado de Soledad, á quien dijo por lo bajo:

— Necesito probar á Vd. que no la he olvidado á pesar de que no he vuelto á la aldea. Todos los dias subo á Begoña á oír la misa de las seis, y allí nos veremos si Vd. quiere oírme antes de condenarme.

— Subiré si puedo, contestó Soledad; y se alejó de don Juan siguiendo á su madre y sus hermanos.

Dos horas despues, Catalina y sus hijos estaban arrodillados ante el altar de la Virgen de Begoña.

Abundantes lágrimas corrian por las megiilas de Soledad. ¿Quién sabe, Dios mio, los pensamientos y las esperanzas que se agitan en el fondo del corazon de la niña, que con el alma herida por el amor y el desengaño, se ampara bajo el manto misericordioso de la Madre de Dios!

Despues de oír misa, de orar, de desahogar su corazon en el templo, Catalina y sus hijos recorrieron los campos que rodean el santuario.

La multitud, alegre, bulliciosa, feliz, bullía por todas partes; pero en vano los ojos de Soledad buscaron allí aquel objeto por quien eran sin duda las lagrimas que tantas veces los habian escaldado.

Llegó la tarde, y Catalina y sus hijos tornaron á la santa colina de Begoña, donde la muchedumbre era aun mayor y mayor la animacion; pero tampoco los ojos de Soledad lograron tropezar con el objeto que ansiosamente buscaban.

Al dia siguiente, antes de salir el sol, volvia Catalina á la aldea, dejando en Bilbao á Soledad.

VII.

El santuario de Begoña se alza en una colina que domina á la villa. A un extremo de esta, desde una plaza hermoseada por edificios notables, entre ellos el magnífico palacio donde se halla establecido el instituto de Vizcaya, arranca una prolongada escalinata que termina en la cumbre de la colina de Mallona, coronada por un cementerio, donde yace la flor de la juventud vascogada, sacrificada en aquel horrible asedio de 1836, que cubrió de gloria y de luto á la villa y á la patria.

Muchas veces de niño, yendo con mi madre á rezar á la Virgen de Begoña, penetré en aquel cementerio, y recorrí con la indiferencia de la niñez sus calles de rosales, que no me atrevo á llamar hermosas, porque ¿cómo ha de llamarse hermosas á las enramadas donde esconde la muerte los despojos de sus víctimas?

Mas de veinte años despues, buscando por todas partes los recuerdos de mi infancia para refrescar con ellos mi corazon agostado por las penas lejos del valle natal, quise penetrar en aquel fúnebre recinto. Me acompañaba un amigo, que mas feliz que yo no ha abandonado nunca el valle donde vino al mundo, las riberas del Nervion, que ama como yo los valles encartados, y al verme dirigir el paso al cementerio, se detuvo diciéndome:

— Tú, que en ese cementerio no tienes mas que recuerdos de la infancia, entra en buen hora ahí á buscar consoladoras emociones; pero déjame á mí saludar desde lejos esa triste morada de los que mas he amado en este mundo; que desde lejos pueda enviar un recuerdo á los que yacen ahí, como envío á Dios mis oraciones por ellos.

Y con lágrimas en los ojos y el generoso corazon palpitante pronunció el nombre de cien hidalgos mancebos, sus compañeros en los juegos de la infancia y en las esperanzas de la adolescencia, gloria un dia de la opulenta y nobilísima villa, todos ellos muertos en aquella sangrienta y heroica y titánica lucha del euskera contra el euskera, del hermano contra el hermano.

— Cuando todo calla en la márgen del Nervion, añadió, cuando solo interrumpen el silencio de la noche, el gemido del cárabo en la fúnebre colina de Mallona y el silbido del viento en los álamos y los castaños de la ribera, una fuerza misteriosa me lleva á las márgenes del rio, donde vago pensando en los que allí jugaban conmigo en la niñez, y hoy esperan en ese recinto la resurreccion universal, y cuando dirijo la vista hácia la oscura y solitaria colina de Mallona, me parece que blancos y alados espíritus se ciernen en el espacio, y con voz misteriosa y lúgubre me gritan: — «Polvo eres, y en polvo te has de tornar.»

El terror que parecia dominar al que esto me decía, habia ido comunicándoseme, y en vez de continuar hácia el cementerio, me apresuré á alejarme hácia el santuario de Begoña.

¡Porqué, Señor, no permitiste que aquellos blancos espíritus que se ciernen sobre la colina de Mallona se alzarán á recordar á la pobre Soledad el tremendo dia del juicio, cuando la crédula aldeana todos los dias al salir el sol pasaba junto á aquella colina con direccion á las frescas enramadas de Begoña, de donde debia tornar con la túnica de su inocencia desgarrada!

Si; todos los dias, cuando el sol despuntaba por los altos de Miraflores, Soledad atravesaba la plaza de la Cruz, y trepaba hácia el santuario de Begoña.

En la arboleda que precede al santuario, encontraba

á aquel mancebo que por primera vez hizo latir de amor su corazon y despertó en su alma sueños de felicidad que nunca la habian conturbado.

Pasaron dias y dias repitiéndose estas citas, en que la pobre aldeana escuchaba protestas de amor tan dulces y tan ardientes, que el sacrificio de su vida le parecia ya poco para corresponder al amor que creia haber inspirado.

Una mañana conversaba con su amado en la campa de Begoña.

Juan parecia hallarse inquieto, y como le preguntase la causa, contestó que habia hecho un verdadero sacrificio al acudir á la cita, pues á las seis necesitaba hallarse en la villa para un asunto tan importante, que en él estaba interesado su honor.

Instábale Soledad para que tornara inmediatamente á la villa, cuando Juan, que dirigia la vista hácia la colina de Mallona, se estremeció de repente.

El reloj de San Antonio Abad daba entonces la hora, y Soledad atribuyó á esta circunstancia aquel estremecimiento.

— Dan las seis y necesito separarme de tí, se apresuro á decir Juan. Es preciso que mañana nos veamos, pero no aquí.

— ¿Dónde?

— En el alto de Miraflores, á las seis.

— No faltaré.

— ¡Adios!

— ¡Adios!

Juan estrechó la mano de Soledad y tomó el camino de la villa, falto de tiempo para explicar á la aldeana porqué designaba otro sitio para la mañana siguiente.

Soledad se encaminó al santuario á oír allí misa, en tanto que Juan, en la estrada que conduce desde Mallona á la campa de Begoña, salía al encuentro á una señora jóven y hermosa, á quien habia visto asomar en el momento en que el reloj de San Antonio Abad daba la hora.

Aquella señora lloraba cuando Juan le salió al paso.

— ¿A dónde vas, hija? le preguntó Juan.

— ¿De dónde vienes tú?

— De oír misa en Begoña.

— ¿Y hace quince dias sales al amanecer para oír misa?

— Sí.

— ¿Desde cuando acá tan cristiano?

— Lo he sido siempre.

— ¡Ah! ¡hipócrita!

Y la señora se echó nuevamente á llorar sin consuelo.

— Pero, mujer, ¿á qué viene ese llanto?

— Malvado, desleal, ¿así cumples tus promesas de quererme eternamente, de no querer jamás á otra mujer?

— ¿Pero quién te ha dicho que yo quiero á otra?

— Harto me lo dicen mi corazon, tu indiferencia y la vida misteriosa que desde hace algunos dias traes.

— Te juro que ningun misterio hay en mis madrugadas. Mañana voy á emprender un largo viaje, y he querido venir á implorar la proteccion de la Virgen de Begoña.

El alto de Miraflores está al oriente de la villa, á corta distancia de esta, en la carretera de Vitoria, y en él hay una hermosa alameda interpolada de asientos, no recuerdo si de piedra ó de madera.

A las seis de la mañana del dia siguiente, Soledad estaba sentada en uno de aquellos bancos. Miraba con impaciencia hácia la villa, pero aquel á quien esperaba no aparecia.

Una diligencia se acercaba, y ¡cuál no seria la sorpresa de la aldeana cuando vió aparecer la cabeza de Juan en la ventanilla del interior del carruaje, que paró junto al banco donde estaba Soledad!

Juan echó pié á tierra, y tomando del brazo á la jóven la arrastró hácia el carruaje, cuyo mayoral gritaba:

— ¡Vamos, vamos, que el ganado va sudando, y no conviene que se pare!

Soledad quiso resistirse, quiso pedir explicaciones de aquella especie de violencia; pero ni tuvo tiempo ni aliento para ello. Antes que la sorpresa y el temor la permitieran hablar se encontró sentada en el interior de la diligencia al lado de Juan.

El carruaje continuó á escapar en direccion de Zornoza. Soledad y su raptor iban solos en el interior de la diligencia.

Tan pronto como le fué dado hablar, Soledad pidió cuenta á su amante de la extraña conducta que con ella observaba. Poco entendia la inocente campesina de lo que entre gentes mas cultas se llama «conveniencias sociales;» pero aun así, hartó adivinaba que el proceder de Juan no era el de los hombres honrados.

Juan, empezando por confesar que su conducta se prestaba á desfavorables interpretaciones, dijo que viéndose precisado á partir precipitadamente para Bayona á donde le llamaban intereses que constituían toda su fortuna, no habia tenido valor para separarse de Soledad, sin cuyo amor y cuya presencia el mundo era para él un horrible desierto. Al llegar á Bayona, añadió, tan pronto como yo haya asegurado los intereses que allí tengo, y que correrian gran riesgo si mi presencia se retardase un solo dia, santificaré la religion nuestro amor, y en breve volveremos honrados y dichosos á tu aldea á recibir la bendicion de tu madre.

Con tal arte, con tales apariencias de sinceridad y conviccion dió Juan estas explicaciones, que la pobre muchacha, cuyo corazon, como todos los corazones enamorados, solo anhelaba un pretexto para creer y perdonar, creyó y perdonó á su raptor.

Soledad y Juan se hospedaron en una de las principa-

les fondas de Bayona. Dos días después de su llegada, Soledad lloraba sin consuelo, porque iba creyéndose indigna del perdón y la bendición de su madre.

Otros dos días después esperó á Juan horas y horas y hasta un día entero; ¡pero Juan no volvió!

VIII.

Una tarde estaba Catalina ocupada en las faenas de su casa cuando apareció por allí la mujer de Chomin.

- Buenas tardes, Catalina.
- Buenas te las dé Dios, Juana.
- Usted tan atareada como siempre.

— ¡Qué quieres, hija! Como decía mi difunto que esté en gloria, al que suda, Dios le ayuda.

— ¡Y qué razón tenía el pobre Ignacio! Mire Vd. cómo nosotros á fuerza de trabajo hemos ido saliendo adelante. Bendito sea Dios, que hace diez años apenas teníamos sobre qué caer los muertos, y hoy cogemos ceñera para todo el año, tenemos pareja nuestra (1), y ya anda Chomin por echarse un rebañito de ovejas y otro de cabras. Es verdad que á Vds. se lo debemos todo, porque Vds. nos dieron la mano, y...

— Calla, calla, mujer, y no vuelvas en la vida á hablar de eso.

— Es que, como dice el refrán, al que te da la mano, dale el corazón...

— Déjate de refranes y hablemos de otra cosa. ¿Ha venido ya Chomin?

— ¡Qué! ¿no vino por aquí esta mañana á ver si se les ofrecía á Vds. algo? Está á Bilbao.

— Pues por eso lo digo, que vino á ver si queríamos algo para Soledad.

— Sí, porque de todos modos había de ir á verla... No puede Vd. figurarse la ley que le tiene á esa chica. Es verdad que ¿quién no se la tiene en la aldea? Bien puede Vd. decir que, mejorando lo presente, tiene Vd. una hija que vale más oro que pesa...

— ¡Hija de mi alma! Dios quiera que se me acabe de poner buena para que vuelva pronto á casa, porque sin ella me encuentro como sin sombra, y lo mismo les sucede á sus hermanos, particularmente á Miguel.

— Ya que habla Vd. de Miguel, ¿sabe Vd. que parece mentira que haya salido tan hombre de bien y tan trabajador?

— ¿Que si ha salido? Hija, en cuanto á eso todo lo que se diga es poco. Si su padre, que está en gloria, alzara la cabeza, volvería á morir de alegría al ver como todos sus hijos honran el apellido que llevan, y lo dichosa que todos ellos hacen á su madre con su cariño, su honradez y su laboriosidad. Benditos sean el Señor y la Santísima Virgen de Begoña que tanta dicha me dan sin merecerla...

Y las lágrimas de alegría arrasaban los ojos de Catalina.

— Pero calla, exclamó Juana prestando oído á un ruido de pasos que se oía en la escalera; ahí tiene Vd. ya á Chomin, que le conozco en los pasos que echa con aquellas zancas largas que Dios le ha dado.

En efecto, Chomin era el que llegaba.

Algo malo debía haberle sucedido, porque traía el rostro alterado, lo cual conocieron al punto su mujer y Catalina.

— Chomin, ¿cómo te ha ido? se apresuró á preguntarle esta última.

— De todo ha habido como en botica, contestó Chomin sonriendo tristemente.

— ¿Qué ha sido? exclamó Juana con ansiedad. ¿Te has caído de la caballería?

— Ojalá que eso me hubiera sucedido antes de llegar á Bilbao, porque así me hubiera vuelto atrás y no sería correo de malas nuevas.

— ¡Virgen Santísima! exclamó Catalina terriblemente alarmada. ¿Qué le ha sucedido á mi hija? ¿Está peor? ¿se ha muerto?

(Se concluirá.)

Revista de París.

La temporada de los conciertos ha principiado ya, y hasta después de Pascua estaremos amenazados cada noche de media docena de esquelos de convite para asistir á otras tantas solemnidades musicales mas ó menos solemnes. El piano hace el gasto principal de la fiesta. Por este tiempo se podría decir que se reúnen en esta capital los pianistas de todas las naciones. ¡Qué de nombres rusos, alemanes, polacos y franceses! Nuestra nación es la que menos suministra, y sin embargo, no faltan absolutamente al llamamiento. Entre los artistas que se han dado á conocer esta cuaresma, debemos señalar á un cantante, que á pesar de su apellido francés Lefranc, es un hijo de Nápoles. Su voz ha sido descubierta por M. Duprez, y bajo la dirección de este maestro, Lefranc ha hecho progresos enormes, siendo en el día un tenor que puede aspirar á rivalizar con Tamberlick, nada menos que eso. No le hemos oído aun; pero tenemos noticias de que no sería exagerada esa pretension por parte del nuevo cantante. Lefranc no se ha mostrado aun mas que en casa de su maestro; mas se dice que muy luego tendremos ocasion de admirarle en público; esperemos á entonces.

Anunciada y desmentida muchas veces la noticia de la muerte de Lola Montes, ha venido á confirmarse recientemente al cabo de un silencio prolongado por parte de la prensa acerca de esta celebridad, cuyas aventuras han sido cons-

(1) Yunta de bueyes propia, y no á ganancias ó renta, como las tienen muchos labradores de este país.

tadas de tantos modos y en todas las lenguas. Esta mujer famosa que ha recorrido el mundo dejando en todas partes recuerdos de sus extravagancias y miserias, ha fallecido en la oscuridad en uno de los arrabales de Nueva York, donde se había retirado y llevaba una vida penitente, bajo el nombre de Ana Warton.

Fácil es concebir que la prensa francesa no habrá desperdiciado la ocasion de contar con largos pormenores la odisea de Lola, sus victorias y sus reveses, su destino singular y siempre excéntrico; argumento hay de sobra, y no extrañaríamos que suministrara materia para un volumen que no dejaría de obtener éxito. Vamos á trazar á grandes rasgos un cuadro biográfico de esta notabilidad contemporánea.

Lola Montes nació en 1818 segun unos, en 1820 segun otros, y en 1824 segun ella. Se ha dicho siempre que era española; pero hé aquí que la Escocia y la Irlanda la reclaman como hija de su suelo; no les disputemos esta gloria.

Muy jóven aun se casó en Londres con un oficial llamado James que la llevó á las Indias, de donde no tardó en escaparse para volver á Europa. Dado el primer paso ya no debía detenerse. No obstante, su buena estrella tardó en asomar en el horizonte, y Lola se vió sumergida en la miseria, interrumpida de cuando en cuando por algunos días de esplendor pasajero.

Entonces principia á correr mundo; de Inglaterra viene á Francia, de Francia marcha á España, huyendo siempre de la mala suerte que se obstina en perseguirla.

Una noche aparece de comparsa en el teatro de la Puerta de San Martín, y ese es el principio de su fortuna. En París las tablas dan la fortuna á muchas mujeres. Un escritor político de aquella época, M. Dujarrier, sacó á Lola Montes de su oscuridad. Dujarrier tuvo un desafío con otro escritor, M. Ch. de Beauvallon, que causó la muerte del primero, y en el cual intervino la justicia juzgando á su adversario de un modo severo. Llamada Lola á figurar como testigo en el proceso, se presentó en el tribunal vestida de luto, y fulminó cargos terribles contra el que había vencido en el desafío.

Esta aventura la dió un gran realce, y los empresarios de teatro que la habían desdeñado hasta entonces, la hicieron las proposiciones mas ventajosas. Pero ella no se contentaba ya con esto, sus pretensiones rayaban á mayor altura.

Era por los años de 1846.

El rey Luis reinaba en Baviera, y todo el mundo sabe cuán aficionado era á las artes este soberano, que quiso hacer de su capital una pequeña Atenas. Lola Montes trastornó su imaginación, y en poco tiempo Munich estuvo á punto de convertirse en un Versailles de aquella época en que dominaban en él las cortesanas.

Preciso es decir que Lola abusó de su favoritismo de una manera inusitada; armada siempre de un látigo hizo saludes con él á los oficiales y los buenos vecinos de Munich, que parecieron mas que extravagantes. El pueblo acabó por encolerizarse; Lola se echó á reír al pronto, y miraba desde su balcón cómo venían á estrellarse ante su palacio los furiosos de aquel pueblo contra su persona. Pero un día el pueblo pasó adelante; sus espléndidos salones fueron devastados por la muchedumbre exasperada, y ella tuvo apenas el tiempo suficiente para libertarse de una venganza terrible.

Sin embargo, esto quizá no habría sido suficiente para alejarla de Munich; pero sobrevino 1848, y Lola se hundió con el trono á cuyo abrigo había podido reirse de las iras populares. El rey Luis abdicó, y Lola Montes, condesa de Lansfeld, baronesa de Rosenthal y dama de la orden de Santa Teresa, tuvo que proseguir su carrera mundana.

Un día en Varsovia un agente de policía descubre á una extranjera que se pasea con un traje estrambótico por las avenidas del jardín de Sajonia.

Con mucha urbanidad el agente se aproxima y la pregunta su nombre.

Lola no contesta.

Nuestro hombre insiste, y entonces la desconocida descubre un látigo que llevaba entre el vestido, y cruza la cara al curioso pregunton, sin andarse en otras ceremonias.

— ¡Ya sé quién eres, Lola Montes!

Ella era en efecto. Algunas horas después Lola se hallaba en camino para la frontera, debidamente escoltada.

De allí Lola pasa á Inglaterra, donde contrae matrimonio con un jóven de una buena familia llamado M. Head. Los padres del marido se desesperan, protestan, suplican, y en este tiempo Lola pone coto á sus lamentaciones huyendo á los Estados Unidos, donde saca partido de cien modos de su fama europea. Allí se muestra como un objeto de curiosidad; luego cuenta su vida en sesiones públicas, luego forma una compañía de baile y recorre las poblaciones, hasta que llega á la California.

Habiendo enviudado de M. Head, se casa con un periodista americano, M. Hull, y parte para la Australia, donde sigue dando funciones de baile.

Después no se habla mas de ella, hasta que nos llega de Nueva York la noticia de que ha fallecido y está enterrada en un sepulcro presbiteriano con este epitafio: «Aquí yace Ana Warton, muerta el 17 de enero de 1861 en el seno de una apacible familia, con los sentimientos de la mas profunda piedad»

Biografía extraña si las hay, y que no habríamos apuntado aquí sin la severa lección que se descubre en su término; Lola ha querido borrar en sus últimos años toda señal de su vida pasada, y hasta su nombre.

Hemos recibido esta semana un libro interesante y curioso á la vez titulado *la Turquie contemporaine*, y escrito por M. William Senior.

El autor ha pasado algun tiempo en Constantinopla, en Grecia y en Siria, y su obra abunda en estudios relativos á esos países que tienen en el día una oportunidad incontestable. El fondo es una apreciación profunda de la capital de la antigua civilización turca, sumamente instructiva. Sin embargo, su lectura no presenta la aridez de un estudio filosófico y político, y hay páginas que inspiran todo el interés de la no-

vela. Vamos á resumir aquí una de las anécdotas mas características.

Suleiman, árabe argelino, y por consiguiente súbdito francés, ejercía en Constantinopla dos industrias que casi siempre van juntas en aquel país; era tratante en caballos y en mujeres.

En un café frecuentado por hombres de Túnez, asesinaron á un francés y la policía turca no sabía ó no quería descubrir al culpable. Suleiman como era argelino tenía relaciones con los de Túnez, y cometió la imprudencia de dejar traslucir que conocía al autor del crimen.

M. Thouvenel, el embajador francés, le mandó á llamar y le pidió explicaciones sobre el asunto.

Suleiman dijo que se prestaba á dar noticias oficiosas, pero añadió que no declararía ante un tribunal contra un musulman acusado de haber muerto á un cristiano.

— ¿Por qué razón? le preguntó M. Thouvenel.

— Porque mi vida no estaría segura.

— Sin embargo, es preciso. En cuanto á lo demás, corre por mi cuenta.

Suleiman no supo desobedecer á su embajador, y gracias á sus declaraciones, se descubrió al asesino, que pasaba por un pariente próximo del bey de Túnez.

Algunos días después una cuadrilla de hombres mandada por el iman de la parroquia, penetraba violentamente en la casa de Suleiman y destruía sus muebles; el dueño de la casa no se encontraba en ella, y así salvó su vida.

Suleiman recurrió á M. Thouvenel, quien obligó á la parroquia á que le pagara dos mil pesos de daños y perjuicios.

Un jóven turco llamado Giaffar estaba en relaciones con una de las mujeres de Suleiman, y habiendo tenido una disputa, ella se negó á recibirle en lo sucesivo.

Una noche que Suleiman entraba en su casa, oyó gritos y encontró á Giaffar queriendo descerrajar la puerta para apoderarse de la mujer.

Al acercarse el árabe, Giaffar sacó su yatagan y quiso matarle; pero Suleiman, que era hombre vigoroso, le desarmó y le llevó al puesto del distrito. El oficial comandante detestaba, como todos sus compatriotas, á Suleiman, desde que había hecho la declaración de cuyas resultas habían multado á la parroquia, y quiso pretextar que el hombre estaba ebrio. Suleiman sostuvo que era un atentado contra su propiedad y su persona, y como prueba presentó al comandante el yatagan que había cogido á Giaffar.

— ¿Es tuyo? preguntó el oficial á Giaffar, teniendo el arma por la hoja y presentándole el mango.

Giaffar tomó el yatagan, hirió á Suleiman en el corazón y echó á correr, sin que los guardias tratasen ni de impedir su crimen, ni de apresarle cuando le hubo cometido.

Algunas horas después la viuda de Suleiman fué á casa de M. Thouvenel, quien advirtió al ministro de la policía; Giaffar fué preso, y como los hechos no admitían discusión, fué reconocido culpable.

Suleiman dejaba un hijo único que apenas tenía un mes. Lo principal de sus bienes consistía en una parte de propiedad sobre cuatro casas. Los turcos pidieron el embargo, bajo el pretexto de que Suleiman, súbdito francés, no podía ser propietario en Constantinopla.

A esto respondieron que habiendo registrado la propiedad en su nombre habían consagrado su derecho de posesión, y que á su muerte debía pasar á sus herederos, es decir, á su mujer, que era francesa por su matrimonio, y á su hijo.

Los turcos tuvieron que someterse.

Giaffar seguía en la cárcel, donde segun su condena debía permanecer diez y nueve años y tres meses. Al fin de este tiempo deberá ser ahogado ó pagará 220 libras esterlinas, segun disponga el hijo de Suleiman.

La obra de la justicia está bien, pero hé aquí la sombra del cuadro: Giaffar es rico y se teme constantemente que haga envenenar al niño ó que le robe y le lleve á un lugar ignorado de todos. La madre que vive en una casa cristiana, ha burlado ya muchos atentados de esta especie.

Tal es el ejemplo que queremos citar sobre las leyes y su aplicación en Turquía.

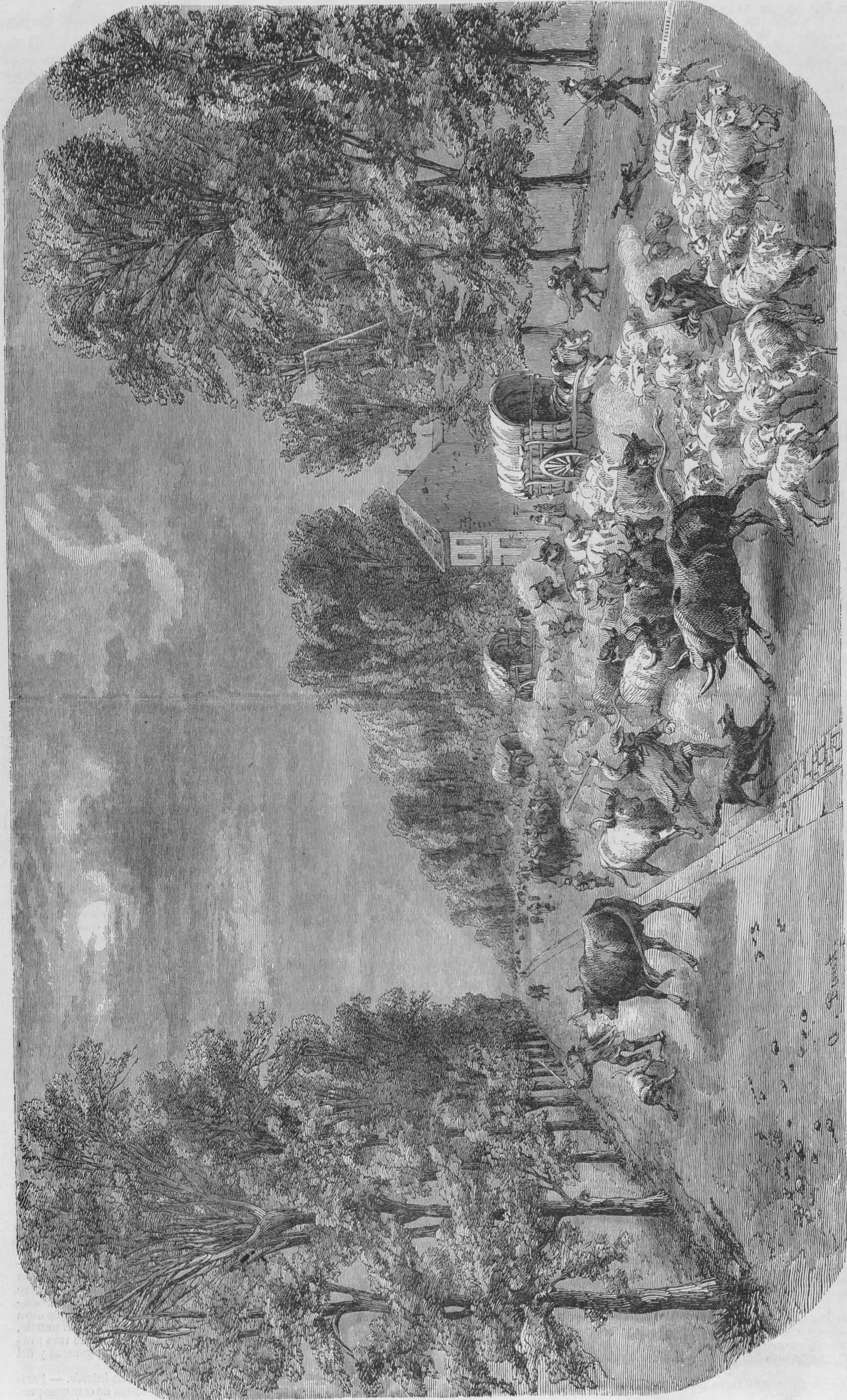
MARIANO URRABIETA.

El mercado de animales en París.

El dibujo que damos y que representa el regreso del gran mercado de animales de Poissy, pinta con todo su efecto pintoresco esos paseos multiplicados que hacen dar todas las semanas al ganado destinado al abastecimiento de París, de Sceaux á Poissy, de Poissy á Sceaux, y finalmente, de esos dos mercados á los mataderos de la capital. De esto resulta que los ganaderos que frecuentan Poissy y Sceaux tienen que recorrer un largo camino para deshacerse de sus productos, y el precio de la carne que sube cada día mas, nos recuerda inmediatamente que el comercio de bueyes exige algunas mejoras.

En efecto, el mercado de animales en París suscita los problemas mas serios y complicados, y la solución de estos problemas no debe ser fácil á juzgar por el tiempo que tarda el gobierno en hallarle. Desde 1791 hasta nuestros días se han sucedido sin interrupción los ensayos, los decretos, los estudios de toda clase, y sin embargo la cuestion no adelanta un paso. Mucho habría que decir para analizar todo lo que se ha escrito sobre la organización de este mercado. La libertad y el reglamento se han dado en este terreno una batalla que dura todavía. Tiempo es ya de que la victoria se pronuncie, pues con ella están relacionados los intereses mas graves de la agricultura, de la alimentación general y del comercio de París.

La agricultura tiene en ello un gran interés. — París como regulador y como primer centro de consumo puede ejercer una gran influencia en la producción agrícola.



la por una buena organización de su mercado de animales. Si el productor halla en este mercado una buena remuneración de su trabajo, la cría tomará incremento y se aumentará la fecundidad. La población de los establos franceses no pasa de 50 millones de cabezas, en tanto que la de los ingleses es de 77 millones. Estas cifras dicen lo que hay que hacer en Francia.

La alimentación se halla interesada también. — La Francia no produce lo suficiente para su consumo. M. Payen, del Instituto, ha calculado que una persona necesita 286 gramos de carne cada día. Ahora bien, según la estadística del consumo, la ración francesa es de 57 gramos; la ración parisiense es de 164 gramos, y la ración inglesa es de 224 gramos. Por consiguiente, en Francia no se ha resuelto aun el problema de la alimentación pública.

Por fin, el comercio de París no está menos interesado. — La carne y el pan forman la base del consumo. El movimiento de la Caja de Poissy asciende á muchos millones por semana, y á la verdad apenas se comprende cómo un mercado tan importante no se halla bien organizado todavía.

Parécenos pues que es hora de entrar en las reformas radicales, principiando estas por crear un mercado en las barreras de París: Londres que cuenta mas habitantes que la capital de la Francia, tiene su mercado de animales en sus puertas, en Copenhagen, y este mercado comprende todas las disposiciones necesarias para el servicio de alojamiento del ganado, venta y mataderos.

El proyecto existe ya, y aun se dice que la cuestión está resuelta definitivamente. Bajo todos conceptos su realización proporcionará ventajas: 1º, porque el mercado será completo, podrá estar bien vigilado, y tendrá todas las dependencias necesarias; 2º, porque los vendedores pagarán menos y hallarán facilidades de toda especie; 3º, porque habrá mas compradores en vista de la proximidad de la mercancía; 4º, porque la carne será mejor, pues está probado que su calidad pierde siempre cuando el animal está cansado por haber corrido muchas leguas; 5º, porque el consumidor hallará la carne mas barata, pues se calcula en muchos millones la economía que traerá la llegada directa del ganado al mercado parisiense; y en fin, porque la villa de París cobrará un derecho importante de los concesionarios del mercado. Repetimos pues que en la realización del proyecto en cuestión se hallan interesadas todas las clases.

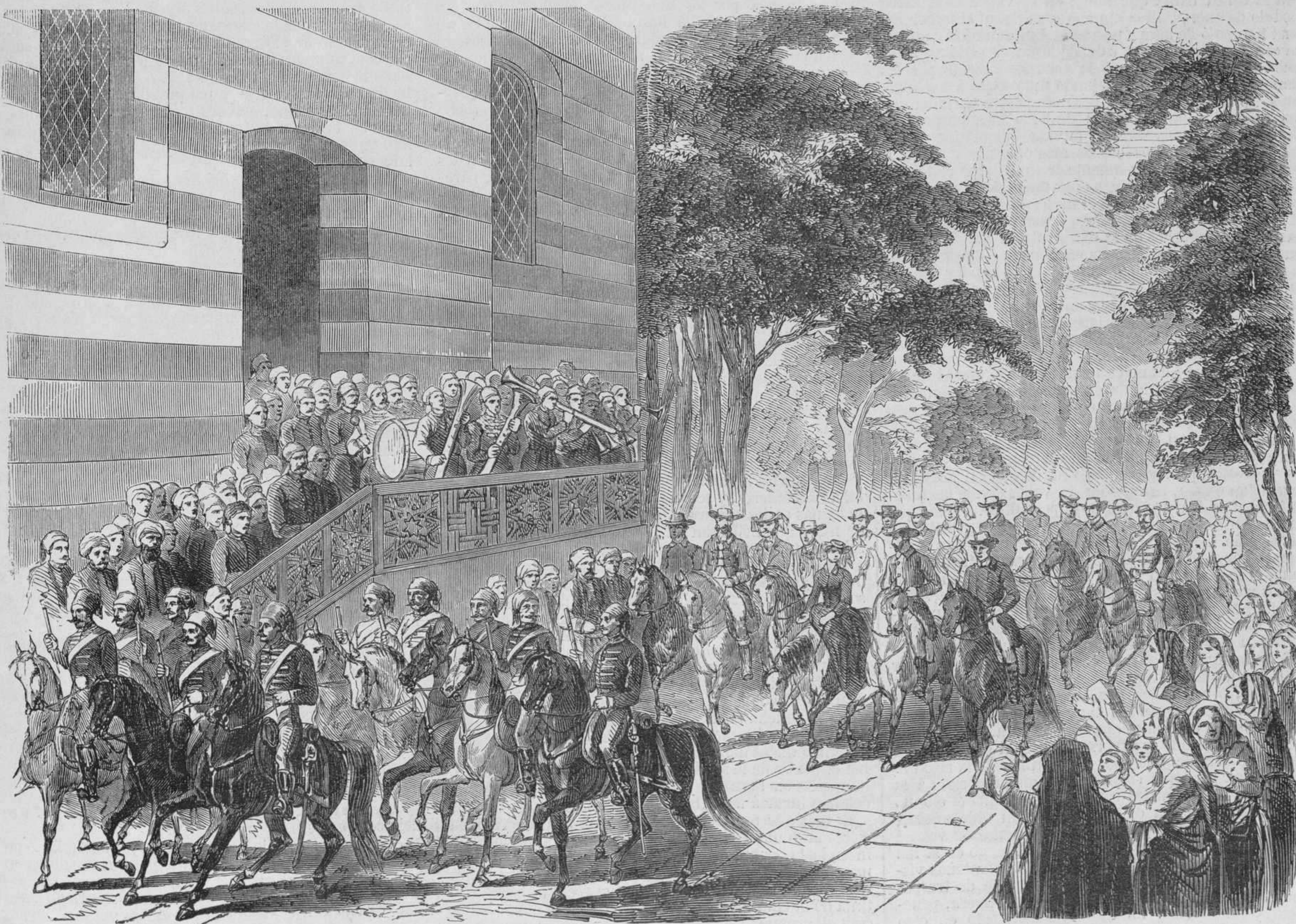


VISITA DE ABD-EL-KADER A M. BECLARD, comisario del gobierno francés.



J. DE ROY DURAN

OFRENDAS DE LOS CRISTIANOS DE DAMASCO A M^{ma} BECLARD. [en] la estacion de Dumar.



ENTRADA Y RECEPCION DE LOS COMISARIOS EUROPEOS EN DAMASCO.

Viaje de la comision europea de Beyruth á Damasco.

Una excursion á Damasco es sin contradiccion el episodio mas interesante de un viaje por la Siria. Jerusalem y Balbek no tienen mas que atractivos históricos. Damasco, donde las tradiciones árabes colocan el lugar del Paraiso terrenal, es aun en el día el foco mas activo de la vida oriental. Con una poblacion de 150,000 almas, y siendo capital de una de las mas bellas provincias del imperio turco, está antigua residencia de los califas omniadas podria llegar á ser, si la Europa quisiera, el centro de un gran reino.

Por Damasco van á la Meca, procedentes de Bagdad y de Bassorah, esas famosas caravanas de 1,000 y 1,500 camellos cargados con los ricos productos de la Persia y de las Indias. La escala marítima de Damasco está en Beyruth, cuarto puerto del imperio que cuenta 50,000 almas. Y sin embargo, entre Beyruth y Damasco no hay mas via de comunicacion que un sendero apenas practicable para las mulas en ciertos puntos. Pero en Turquía no hay que extrañar nada; los hombres toman las cosas como se las da la naturaleza.

Para ir de Beyruth á Damasco es preciso atravesar el Líbano, la Coelesiria y el Antilibano, lo que se hace en tres jornadas. A fin de dulcificar la primera etapa, los comisarios europeos habian enviado sus caballos á pasar la noche en el Khan Mahmud, á cuatro leguas de Beyruth, que es hasta donde llegan los carruajes.

Viajaban quince personas, y la caravana contaba cien bestias de carga. Quizá sorprenderá esta desproporcion; pero hay que advertir que las posadas de la Siria, esto es, los *khanes*, son habitaciones donde solo las mulas pueden descansar, comer, y sobre todo dormir. No se encuentra en ellas mas que agua, que suele no estar limpia. Por consiguiente, hay que llevar todo lo necesario para la vida, tiendas para abrigarse, provisiones, vino, narina, y aun pienso para los animales.

Como no se habian hallado bastantes *muces* (alquiladores de animales de carga), el general Beaufort puso á la disposicion de los comisarios treinta soldados del tren para ayudar al transporte de bagajes hasta Kabeilas. Los comisarios viajaban sin escolta y acompañados solo por sus *cawas*, especie de asistentes muy aficionados á las propinas. Sin embargo, la region del Antilibano donde el cuerpo expedicionario no ha penetrado aun, no estaba muy segura, y los drusos acantonados en la vecindad, habrian podido aprovechar al vuelo la ocasion de ajustar directamente sus cuentas con la Europa; pero no lo hicieron.

Madama Beclard, la señora del comisario de Francia, era la única dama que habia en el viaje. Nada habia podido detenerla, ni el mucho camino, ni el temor del mal tiempo ó de algun percance. Emprendió la caminata con entusiasmo, y al cabo de largas y penosas marchas de seis y siete horas, la veíamos galopar por los llanos y saltar las peñas dejando muy atrás á los hombres. No sé si me engaño, pero me parece tambien que las señoras válacas son las mujeres mas propias del mundo para las aventuras de la vida diplomática, que le conducen á uno á los climas mas opuestos y le hacen pasar á veces instantáneamente de una capital civilizada al seno de la barbarie. En las márgenes del Dombrovitz, cubiertas de nieve durante el invierno, y abrasadas por el sol del Oriente en el verano, se acostumbran ya á todas las extremidades de la temperatura. En cualquiera punto del globo donde se las encuentre, en los hielos de la Noruega ó bajo el cielo tropical de la India y América, están como hijas del país. Nacidas en un pueblo de raza y de cultura intermedia entre el Asia y la Europa, no solo tienen instintos sociales, sino que poseen en alto grado la flexibilidad del temperamento. Son por excelencia señoras diplomáticas.

El aspecto del Líbano es menos variado que el de los Alpes ó los Pirineos. Nada de lagos ni de ventisqueros, ni de agujas que se destacan en los aires; ninguna cascada, ninguna casita rústica al borde de un precipicio. Es un sistema casi uniforme de cerros redondos unos sobre otros, como las olas de un mar vastísimo. Gargantas y cuevas pedregosas de una desolacion horrible; vegetacion escasa, excepto en los valles donde las fuertes lluvias acaban de arrastrar la poca tierra vegetal que queda aun en las cuevas y en las alturas; plantíos de olivos y de moreras, y sarmientos de viñas que se retuercen sobre una tierra llena de guijarros. Tal es el Líbano, al menos en la parte y en la estacion en que le hemos visto nosotros. No se parece en nada á la Suiza ni á la Saboya. Es quizá menos pintoresco, pero en cambio es mas grandioso, y el sol le da matices de una magnificencia extraordinaria. La vista del mar de que se disfruta cuando no se ha atravesado la cresta superior del Líbano, aumenta el esplendor del paisaje, y todo esto, mar, ruinas, aldeas, cumbres nevadas, valles profundos, árboles cuando los hay, y casitas blancas, todo esto se destaca en una atmósfera tan pura, que en ningun pais del mundo se experimenta igual placer que en este al abrazar de una sola ojeada todo el horizonte. Mientras en los Alpes siempre hay algo que salta á la vista, aquí los contornos son tan suaves, que el ojo no analiza nada y se fija difícilmente en un objeto particular; lo que hace es perderse en una sensacion vaga é indefinida. Este efecto producido por el fuego de la luz es tan poderoso en la Siria, que hasta las montañas vistas de lejos parecen dotadas de una especie de transparencia, como si las formara una sustancia ligera, penetrable y fluidiforme. En este país civilizado en otro tiempo y no invadido aun por los usos de Europa, el

hombre ha conservado de siglo en siglo la señal de su raza y los detalles de su vestidura. En ninguna parte el vestido humano es mas variado, mas amplio, mas vistoso. Las mujeres envueltas en largos velos de una blancura resplandeciente, se dejan ver tan poco, que todas parecen bonitas.

Lo que á mí me gusta, sobre todo en los viajes, es que desarrolla en nosotros el sentimiento de las artes. Noches como las que hemos pasado bajo la tienda en el valle sonoro de la Coelesiria, donde el ruido mas ligero se repite con fuerza en las montañas, formando una extraña armonía; la vista de una caravana que ora se hunde en profundas gargantas, ora se destaca subiéndolo las cumbres sobre el azul del cielo; un alto en las cercanías de Damasco, en una aldea cuyos habitantes venian á ofrecer frutas exquisitas á nuestra graciosa compañera; madama Beclard sentada durante la comida entre las columnas y sobre el peristilo de un antiguo templo de Diana, en el valle del Barada, tan lleno de recuerdos romanos; no hay una de esas escenas que no dé la idea de un cuadro encantador.

En el fondo del valle del Barada corre el rio que riega Damasco antes de ir á perderse en los lagos á la orilla del desierto; se halla pues situado en la vertiente oriental del Antilibano. La aldea de Tu-Kwady-Barada marca el lugar de la antigua ciudad de Abila, capital del reino de aquel Lysanias que Cleopatra hizo asesinar. Un viaducto construido por Marco Aurelio y Lucio Varus, del que aun quedan algunos vestigios, ponía en comunicacion las dos partes de la montaña. El camino actual de Damasco sigue durante algun tiempo el cauce del Barada; pero á dos leguas de Damasco le abandona, para subir en linea recta ese último cerro detrás del cual se extienden el oasis y el desierto. Al llegar á la altura se descubre de repente el llano de Damasco. M. de Lamartine ha hecho en su *Viaje á Oriente* la descripcion de este espléndido panorama:

« Después de haber subido algunos centenares de pasos, entramos en un profundo desfiladero encajonado á la izquierda por una montaña perpendicular sobre nuestras cabezas, y á la derecha por un borde de roca de treinta á cuarenta piés de elevacion; la bajada es rápida y las piedras ruedan bajo los piés de nuestros caballos. Yo marchaba á la cabeza de la caravana á pocos pasos detrás de los árabes de Zebdani; de repente estos se pararon y dan gritos mostrándome una abertura en la orilla del camino; me acerco, y á través de la quebradura descubro el mas extraño y magnífico horizonte que puede verse: era Damasco con su desierto. La mirada se fijaba al punto en la ciudad que rodeada de sus murallas, flanqueada de innumerables torres, coronada de almenas escarpadas, dominada por sus bosques de minarettes, surcada por los siete brazos de su rio y por sus arroyuelos, se extendia hasta perderse de vista en un laberinto de jardines, arrojaba sus brazos inmensos acá y acullá en la llanura, con sombra y bosque por todas partes, con sus sicomoros, sus árboles de toda especie, que parecia perderse de tiempo en tiempo bajo la bóveda de estos árboles, y luego aparecia mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales y aldeas; laberinto de verjeles, de palacios, de arroyos donde la vista se perdía pasando de un hechizo á otro. No andábamos. Todos apiñados en la estrecha abertura de la roca, que parecia una ventana, contemplábamos el mágico espectáculo que se desarrollaba así súbitamente al término de un camino, al través de tantas rocas y de tan áridas soledades, al principio de otro desierto que solo tiene por límites Bagdad y Bassorah, y que exige una travesía de cuarenta días. Por fin continuamos la marcha; el parapeto de rocas que nos ocultaba la llanura y la ciudad bajaba sensiblemente, y al cabo nos dejó ver todo el horizonte... El horizonte, detrás de la ciudad, no tenia límites, se confundia con los bordes purpurinos de aquel cielo de fuego que inflamaba mas y mas el reflejo de las arenas del desierto; sobre la derecha las anchas y altas cuevas del Antilibano huían como inmensas olas de sombras, unas detrás de otras, aquí avanzando como promontorios en la llanura, allí abriéndose como golfos profundos... en la oscuridad del matiz general de verdura que cubria á Damasco, se veían dos brazos de rio y dos grandes lagunas; á nuestra izquierda el llano estaba mas abierto, y solo á la distancia de quince ó veinte leguas se descubrian cumbres de montañas cubiertas de nieve que brillaban en el azul del cielo como nubes sobre el Océano. »

Debo confesar que no hemos disfrutado debidamente de este gran espectáculo. La calma, el silencio y cierta soledad son indispensables al viajero para que pueda entregarse al placer de la contemplacion. La hora poco favorable, el horroroso calor que hacia, el ruido de un cortejo que poco á poco se habia aumentado hasta contar seiscientas personas; los tiros que disparaban los árabes por divertirse; un polvo abominable, y sobre todo la ansiedad por saber cómo serian recibidos los comisarios por aquella poblacion fanática, todo esto contrariaba nuestra admiracion. Al regreso habríamos podido disfrutar mejor del espectáculo; pero entonces ya no habia el placer de la sorpresa, y tratamos de nuestra permanencia en Damasco impresiones tan tristes, que no dejaban lugar á las sensaciones del viajero.

Es mas que un barrio, es toda una ciudad cristiana colocada junto á la ciudad musulmana, la que ha sido incendiada, saqueada, reducida á ruinas. Habia en Damasco veinte y cinco mil cristianos que habitaban una region, comprendida sin duda en el recinto, pero distinta de la ciudad musulmana. En Oriente, donde la ley civil que reúne á los hombres está ausente, y donde solo rige la ley religiosa que las divide, la diferencia de reli-

gion arrastra tales incompatibilidades de costumbres, que parece imposible la cohabitacion de individuos de distinta creencia. En Damasco, ciudad sagrada para los musulmanes, foco de intolerancia y de fanatismo, la division estaba mas marcada que en ninguna parte. No queda en pié una sola casa de la ciudad cristiana, y cuando los comisarios recorrieron las ruinas, han hallado aun recientes las señales del saqueo y de los degüellos. Todo atestiguaba la violencia y enormidad de los crímenes cuya relacion ha causado en el mundo una indignacion tan dolorosa.

Después de haber permanecido una semana en medio de aquella poblacion que necesitaria ser gobernada por una mano de hierro, los comisarios salieron de Damasco. El efecto moral de su presencia ha debido ser considerable; á su llegada habian atravesado la ciudad con mucha pompa á los sonidos de la música turca, precedidos de una escolta y con honores que nunca se habian hecho á los europeos. C. O.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

— Tendremos que llevarla mañana á la fábrica, murmuró, para que asista al primer trabajo de la máquina. Yo me habia propuesto enviar á casa á mi mujer antes de mañana, pero no hay ninguna cosa que temer. Mis obreros no pueden estar mejor dispuestos ni mas tranquilos. Lo que ha sido para muchas manufacturas un día de tempestades y de terror, es para nosotros una fiesta. Hijos míos, ¿os gustaria venir con nosotros á la fábrica? Edwin, tú que debes sucederme en los negocios, ¿me prometes no separarte de Phineas si te llevo á la fábrica?

Edwin alzó por encima de su pizarra sus ojos brillantes; en cuanto á juicio era ya un hombre. Sosegado y reflexivo desde su mas tierna infancia, soportaba en general con paciencia las cosas de su hermano mayor; pero una vez incomodado, se hallaba menos dispuesto que Guy á hacer las paces. En cuanto á este último, aunque era el mas revoltoso de los tres niños, era sin embargo nuestro favorito. Tenia el mejor corazón del mundo; y proponiéndose ser el mas juicioso, no lo era nunca.

— Padre mio, dijo, deseo ver la máquina de vapor, pero no haré el niño como Edwin, no daré la mano á Phineas.

A estas palabras sucedió una borrasca doméstica, durante la cual nos deslizamos Muriel y yo hasta la iglesia desierta, donde permanecí mas de una hora escuchándola tocar el órgano. La luna esparcía una suave claridad sobre los tubos del instrumento y sobre la niña sentada delante del teclado. Una ó dos veces Muriel se inclinó sobre la galería y me preguntó dónde estaba el hermano Anselmo, que ordinariamente venia tambien todas las tardes á la iglesia; aquella tarde le esperábamos tanto mas cuanto era la última que pasábamos en Enderly.

Por fin llegó, se colocó á mi lado y escuchó á Muriel que tocaba un fragmento de misa; cuando concluyó la llamó por su nombre.

Muriel le respondió desde lo alto de la galería con una voz suave y alegre.

— Muriel, tocad el miserere que os he enseñado.

La niña obedeció. El órgano comenzó á gemir bajo sus dedos como un alma atormentada. A la verdad, las historias que he oido contar sobre el joven Wesley y sobre Mozart siendo niño, no han sobrepujado nunca lo que se habria podido decir del maravilloso talento de nuestra ciegucecita.

— Ahora el *Dies iræ*. Ese día de cólera vendrá para todos nosotros, murmuró el joven.

Muriel tocó algunas notas lentas y dolorosas que resonaron en toda la iglesia como un trueno lejano; luego deteniéndose de repente, nos hizo oír una música distinta.

Era de Hændel.

Cuando acabó bajó de la tribuna y se vino á nosotros dirigiéndose á lo largo de los pilares. Juntos salimos de la iglesia.

Lord Ravenel parecia muy pensativo.

Habia salido de Luxmore-Hall por algun tiempo, y adivinamos el motivo: estaba para llegar el conde.

Al despedirse de nosotros, dijo tristemente á la niña favorita:

— Mucho siento dejaros, Muriel; ¿os acordareis de mí? — Bajaos, deseo veros.

Esto decia siempre cuando queria pasar sus dedos cuyo tacto era tan delicado, por el rostro de las personas á quienes amaba; luego decia que los habia visto.

— Sí, me acordaré de vos.

— ¿Y me amareis?

— Os amaré, hermano Anselmo.

Besó con aire respetuoso las manos de la niña como si hubiese sido la santa que él veneraba, ó quizá la mujer que un día aprenderia á adorar... y en seguida se alejó con presteza.

— A la verdad, dijo Ursula riendo y siguiéndole con los ojos, en tanto que el orgullo maternal brillaba en sus miradas, á la verdad, el tiempo pasa luego. Las cosas principian á tomar un aspecto serio; dentro de cinco años veremos á ese joven enamorado de nuestra Muriel.

John y yo echamos una mirada al rostro sereno de aquella dulce criatura.

¡Silencio! dijo el padre, como si la chianza de Ursula le hubiese parecido una profanación; pero luego sonriéndose confesó que sentiría mucho que alguno se atreviera nunca á enamorarse de Muriel.

El día siguiente era el fijado para la prueba de la máquina de vapor. Habíase convenido que si esa prueba salía bien, partiríamos inmediatamente en silla de posta para Longfield, donde ya teníamos deseos de estar todos.

Con tristeza nos despedimos de la buena Mrs. Tod, á quien John reiteró la promesa de que volveríamos el verano próximo. La excelente mujer se lamentaba de nuestra marcha, pues ahora que sus propios hijos estaban ya crecidos, pensaba que los nuestros eran superiores á todos. En efecto, habría sido difícil hallar en todo el condado tres niños mas hermosos que los nuestros.

Pronto olvidaron su pesar y se pusieron á bajar la cuesta corriendo. Mrs. Halifax los seguía á todos muy alegre, muy orgullosa con tales hijos, mientras John marchaba lentamente llevando envuelta en sus brazos á su hija única, su delicada rosa de invierno.

Encontramos una gran muchedumbre reunida, pues John habia por fin publicado su intencion de emplear una máquina de vapor, ya que era el único medio que tenia de hacer marchar su fábrica. Los obreros y los habitantes del valle de Enderly habían recibido esta noticia con mucha sorpresa, pero no habían manifestado descontento alguno. Sin embargo, los incrédulos no faltan jamás en tal ocasion, y muchos miraban de reojo la puerta cerrada de la pieza donde habían puesto la máquina.

John Halifax atravesó el patio dando el brazo á su mujer, y fué saludado por un murmullo involuntario de respeto.

— El amo es lo que se llama un hombre, no retrocede ante ninguna cosa, dijo un obrero, que manifestaba, acaso sin intencion, el pensamiento de cada uno de sus compañeros; pues nada da á un hombre mas poder sobre sus semejantes que la osadía y la determinacion, cualidades eminentemente inglesas.

Gracias sin duda á estas cualidades habia atravesado John sano y salvo hasta aquel momento, la crisis que habia arruinado á tantos manufactureros en Inglaterra. Puede ser tambien que los sencillos habitantes de nuestro valle tuviesen una confianza mas ilimitada en aquel que les habia dado todos los días trabajo ó pan. Sea como quiera, lo cierto es que cuando pasó por en medio de ellos, solo un hombre hizo oír este grito fatal:

— ¡Abajo la máquina!

— ¿Quién ha dicho eso?

Al oír la voz del amo y al ver los rayos que despedieron sus ojos, la muchedumbre retrocedió, y el descontento se quedó silencioso.

John Halifax entró en la fábrica y abrió la puerta del taller, donde durante la última semana habia trabajado de día y noche con los dos obreros que habia traído de Manchester.

— Parecen tontos vuestros obreros, M. Halifax; suponen que hay seis diablos aquí dentro.

Y señaló la caldera grande que habian colocado en el cuarto contiguo.

— ¿De veras? pues entonces imitaré á Miguel Scott, el brujo de Escocia, y haré trabajar de firme á mis seis demonios.

John se chanceaba, pero no dejaba de estar agitado. Examinaba atentamente y pieza por pieza la máquina de un trabajo tan fino y delicado; y luego retrocediendo algunos pasos la miraba con orgullo; con un orgullo mezclado de afecto.

— ¡Qué hermosa es!... pero ¿habré sabido gobernar-me? ¿andaré?

Sus manos temblaban, sus mejillas estaban de color de fuego. Edwin se acercó y él le apartó con presteza; despues se le figuró que faltaba algo á la máquina, y mientras los obreros hacían en ella las rectificaciones oportunas, permaneció en pie mirándolos trabajar y respirando apenas, tan grande era su emocion.

Su mujer se llegó á su lado.

— No me hables, no me hables, Ursula; si me he engañado soy un hombre perdido.

— ¡John!

No pronunció mas que su nombre, pero le estrechó la mano tiernamente á fin de alentarle.

M. Halifax tratando de sonreír, exclamó:

— ¡Vamos!

Y abriendo la ventana añadió dirigiéndose á sus obreros reunidos en el patio:

— Que suban dos de vosotros á ver cómo trabajan mis diablos. Niños, quitaos de ahí... y tú, Muriel, respuso suavizando su voz; ¿no tendrás miedo?... Vamos pues; ¿está todo listo?

Y abrió la válvula.

El vapor se precipitó en el cilindro con un ruido que hizo retroceder á los dos hombres de Enderly, como si se hubiesen lanzado sobre ellos los seis diablos en cuestion. El émbolo comenzó á trabajar lentamente.

— Muy bien, la máquina funcionará...

Pero no; se detuvo.

John contenía su aliento.

Luego volvió á marchar subiéndolo y bajándolo majestuosamente como el brazo de algun autómatas gigantesco. Las ruedas puestas en movimiento por la fuerza motriz, comenzaron á dar vueltas las unas con lentitud y regularidad, las otras por el contrario, con tal rapidez que apenas podían distinguirse. Aquella masa inerte de madera y de metal, aquella obra del hombre tan maravillosamente combinada, acababa de recibir un alma; ¡el monstruo tenia vida!

John sin poder hablar observaba la máquina; pero

una vez hecha la prueba, pareció que toda su energia le abandonaba. Se sentó al lado de Ursula, y poniendo á Muriel sobre sus rodillas inclinó la cabeza sobre la de su hija.

— ¿Anda bien, padre mio? le preguntó esta en voz baja.

— Perfectamente, querida mia. Bendito sea Dios; ¡cuantas gracias le debemos!

Y luego abriendo la puerta dijo á todos sus obreros que podían entrar á ver aquella maravilla.

Los obreros se acercaron con aire curioso y casi alarmado.

John les explicó el mecanismo pieza por pieza. Los mas inteligentes le comprendieron al instante, y se echaron á reír de los diablos de la caldera; pero todos miraban al amo como si hubiese en él algo que no tenían los demás hombres. Le escuchaban con la boca abierta, estrechándose unos contra otros, teniendo buen cuidado de quedarse á una distancia respetuosa del monstruo que andaba, y andaba como si no hubiese debido detenerse nunca.

John hizo al fin salir á su mujer y á sus hijos del taller donde apenas se respiraba; pero Muriel que habia escuchado con placer el ruido monótono y regular de las ruedas, se mostraba poco dispuesta á marcharse.

— ¡Qué contenta estoy por haber pasado el día con mi padre! repetía constantemente.

Y John la respondia que en el verano próximo podria ir todo cuanto quisiera á la fábrica.

Ya no teníamos otra cosa que hacer sino marcharnos cuanto antes á Longfield.

Mientras llegaba la silla de posta, John Halifax se sentó con sus hijos sobre el pretil del puente, mas arriba de la antigua cascada hoy reducida al silencio, y cuya madre fangosa comenzaba á cubrirse de largas yerbas acuáticas.

— Este riachuelo está bien triste en el día, dijo Ursula; pero á Dios gracias, poco puede importarnos.

— Es verdad, dijo su marido; el vapor me servirá con ventaja. Mis obreros no se opondrán, tienen confianza en mí y me quieren de veras.

— Quizá te temen un poco; pero no le hace: es un temor saludable. No quisiera haberme casado con un hombre que no inspirase á nadie ese sentimiento.

John se echó á reír, mientras miraba á un jinete que se adelantaba por el camino.

— Creo que es lord Luxmore; desearia saber si ha oído hablar de mi máquina. ¿Prefieres que entremos en la fábrica?

— No seguramente, dijo Ursula sentándose en el pretil con mucha decision.

Pero estaba mas agitada que su marido, y sus mejillas se encendieron vivamente cuando lord Luxmore pasó por delante de ella.

Lord Luxmore saludó, y ella respondió con altanería.

Al mismo tiempo se oyeron en la fábrica estrepitosas aclamaciones.

— ¡Viva el amo! ¡viva M. Halifax! gritaban los obreros.

Ursula no pudo menos de sonreírse de gozo y de orgullo.

— ¿Qué ruido es ese, M. Halifax? preguntó lord Luxmore con un aire que habria podido hacer creer que se hallaba en los mejores términos con su arrendatario.

— Son mis obreros que me saludan.

— ¡Oh! ¡qué felicidad, qué gloria para vos! ¿y puedes preguntarnos porqué son esos vítores?

John le explicó el motivo en pocas palabras y con mucha urbanidad.

— ¿Con qué esa máquina de vapor de que ya he oído hablar, será muy ventajosa para la fábrica?

— Si, milor. Ella me hace completamente independiente del río, que ahora sin perjuicio de nadie puede servir para alimentar vuestras fuentes.

John no habria tenido su parte en las flaquezas humanas, si una sonrisita de malicia y aun de triunfo no hubiese brillado en sus ojos cuando pronunció estas palabras.

Iba andando al lado de lord Luxmore que habia puesto al paso á su caballo. Juntos subieron la cuesta y muy luego se perdieron de vista. Durante este tiempo mistress Halifax instalaba á sus dos niños pequeños en la silla de posta.

— No os comprendo bien, dijo lord Luxmore; ¿tendriais la bondad de repetírmelo?

— Decía, milor, que al desviar el curso del río me habeis hecho un favor muy grande. Que haya sido con intencion ó no, permitidme que os dé las gracias.

El conde clavó los ojos en M. Halifax, y sin responderle dió de espuelas á su caballo, que partió á escape.

— ¡Mis hijos! ¡Dios mio! ¡Mis hijos!

Guy estaba ocupado en coger flores en el barranco... pero Muriel... hemos olvidado á Muriel.

La pobre ciegucecita estaba de pie en medio del camino. Un instante despues caía bajo el caballo de lord Luxmore.

Por la primera vez de mi vida oí salir una maldicion de los labios de mi amigo. Lord Luxmore la oyó tambien. La imágen de aquel padre desesperado arrancando á su hija de entre las patas de su caballo debió quedar grabada largo tiempo en la memoria del conde.

Al punto se apeó y dijo con inquietud:

— Supongo que no está herida... es un accidente, ya lo veis.

Pero John no le oía: apenas habria oído el ruido del trueno. Con Muriel en sus brazos se arrojó cerca de un arroyuelo que corria por el fondo del barranco, y se puso á bañar la frente de la niña.

Muriel abrió los ojos, pero habia en ellos una expresion de fijeza que nos desgarró las entrañas.

— ¡Amada mia!

Muriel se sonrió estrechándose mas y mas contra su padre.

— No tengo nada, padre mio, exclamó.

Estas palabras parecieron tranquilizar á lord Luxmore que seguia en pie á su lado.

Continuó excusándose, pero John no le dió ninguna respuesta.

— Marchaos de aquí, exclamó Guy sollozando y levantando con aire amenazador sus dos puños cerrados hasta el rostro del conde; marchaos, malvado, ú os mataré. Ya lo habria hecho si hubiéseis muerto á mi hermana.

Lord Luxmore se sonrió de la ira del niño; le arrojó una guinea que Guy rechazó con indignacion, y luego montando otra vez á caballo se alejó tranquilamente.

— ¡Guy! ¡Guy! dijo la débil y dulce voz que, con la de su madre, tenia mas influjo sobre el niño; Guy, no te encolerices; padre mio, no dejes que se enfade.

Pero el padre nada oía; consagrado á Muriel, tocaba los frágiles miembros de la delicada criatura para cerciorarse de que no estaba herida.

No lo estaba en verdad, aunque era milagroso.

— Entonces, exclamó al fin, si puedes andar, creo que no debemos decir nada á Ursula... al menos hasta que estemos en Longfield.

(Se continuará.)

La rendicion de Gaeta.

EMBARQUE DEL REY Y DE LA REINA. — LLEGADA A ROMA.

Vamos á resumir algunos pormenores sobre los sucesos que precedieron á la rendicion de Gaeta.

El general Cialdini principi6 el 11 de febrero un bombardeo terrible y continuado, al que contestó la plaza casi arruinada. Por dos veces redujeron los sitiados á silencio á la bateria de los Capuchinos, mostrando los artilleros napolitanos una admirable intrepidez. En el espacio de ocho horas lanzaron las baterias piemontesas diez mil proyectiles huecos. Las pérdidas de los sitiados eran el 12 de unos treinta hombres fuera de combate. El 13 volaron dos baterias en la plaza.

La situacion de la plaza, dice una correspondencia que tenemos á la vista, era horrible: la ciudad estaba casi arruinada, y las explosiones se sucedian haciendo volar edificios, muros, baterias y hombres. No habia sitio seguro para nadie: en los hospitales estallaban á cada instante las bombas, una de las cuales mató en una sala á 17 pobres heridos. Varias hermanas de la caridad habian sido muertas por los proyectiles, desempeñando sus piadosas funciones. Hallándose en el hospital la reina sirviendo las medicinas y consolando á los heridos, un casco de granada le desgarró el vestido y levantó el pavimento en que pisaba. Ni aun entonces quiso retirarse. Los heridos lloraban al ver el heroismo y la abnegacion de aquella augusta enfermera. Despues de la voladura del pólvora principal, cuyos estragos es imposible pintar, pues habia en el pólvora miles de arrobas de pólvora, el rey reunió un consejo, y todo el mundo presumia que se iba á acordar la rendicion. Sin embargo, nadie se mostraba abatido.

Durante el consejo, los gritos de ¡viva el rey, viva la reina, peleemos hasta morir! se oían desde la casamata donde el consejo se celebraba; el rey dijo: «Si las exigencias de la honra no estuvieran satisfechas ó si nos quedara alguna esperanza de triunfo, podiamos continuar la resistencia. Pero ya nada de esto la justifica. Yo quisiera morir entre estas ruinas combatiendo aunque sin fruto, con gloria, y lo mismo siento y piensa la reina; ¿pero tengo derecho á sacrificar la vida de millares de leales y valientes que me rodean y piden morir conmigo? El sacrificio sin objeto es estéril.» Los generales tuvieron que convenir con el rey en que la resistencia no tenia ya objeto, y se acordó la capitulacion.

El rey Francisco II se embarcó el día 14 á bordo de la *Mouette* á las siete de la mañana, recibiendo de la tripulacion francesa los honores reales. La comitiva se componia de 80 personas, de las cuales 28 pertenecian al ejército y estaban agregadas al rey con títulos militares. En el número de esas 28 personas habia algunos apellidos franceses ilustres.

El rey partió á las nueve, tributándole la guarnicion en el acto de marchar los honores militares.

El rey desembarcó en Terracina, para donde se habian pedido á Roma carruajes por el telégrafo; pero no habiendo llegado estos, el rey y la reina tomaron un coche de plaza, y lo mismo hicieron los condes de Trani y de Caserta con otras veinte personas mas que siguieron al rey por tierra. El resto de la comitiva, entre la que iban los diplomáticos baron Gianelli, conde de Scezeni, ministro de Austria, y el señor Bermudez de Castro, continuaron su viaje á Civita-Vecchia en la *Mouette*.

A mitad del camino encontró la *Mouette* al buque francés *Brandon* que acudia á todo vapor á Gaeta, llamado por el rey, y fueron trashedados los ilustres viajeros á este último buque. La *Mouette* volvió en seguida á Nápoles.

El rey y la reina de Nápoles llegaron á Roma el 15 á la una de la mañana, siendo recibidos á la entrada del Quirinal por el cardenal Pacca, designado por el Padre Santo, y por el general Goyon, rodeado de su estado mayor.



EMBARQUE DEL REY Y DE LA REINA DE NÁPOLES Á BORDO DE LA MOUETTE, DESPUES DE LA RENCIÓN DE GAETA.



INUNDACIONES EN HOLANDA. — EL CASTILLO AMMERZADE, EN EL BOMMELEERWARD, PROVINCIA DE GUELDRE, QUE SIRVIO DE REFUGIO A TRESCIENTOS INUNDADOS.

Las inundaciones de Holanda.

El invierno que acabamos de pasar dejará en pos de sí las mas tristes huellas; en Londres y en toda la Gran Bretaña una miseria inaudita; en Holanda desastres horribles, lugares destruidos y poblaciones enteras sumergidas. El animoso pueblo holandés es bien digno de la simpatía de las demás naciones. Siempre en lucha con el mar, sostiene con una energía invencible ese terrible duelo con su fuerte enemigo. En nuestro último número hemos hablado de las dos inundaciones que ha sufrido la Holanda en el invierno último; el número de esta semana contiene un dibujo que representa uno de los tristes episodios de las inundaciones. Para alivio de tan grandes infortunios se han abierto suscripciones en toda la Europa, y la Alemania, la Inglaterra y la Francia han comenzado á ofrecer abundantes recursos. P. P.

LOS AVENTUREROS.

(Continuación.)

— Ahora comprendo vuestra conducta... pero respecto al general, ¿cuáles eran los miramientos que tenía que guardar para conmigo?

— Es una historia, caballero, replicó Leslie; Rosen no quiere solamente la muerte del pecador... Quiere que la hija de Elena sea rica.

— Explicaos.

— No puedo... sin embargo os anuncio para hoy la visita interesada de ese buen general O'Brien... Disponed vuestras baterías en toda regla, porque el anciano será elocuente... Quisiera que en cuanto á nosotros nos limitásemos á lo que nos concierne: vos rico y yo pobre... ¿Sería indiscreto preguntaros si amais de veras á vuestra nueva novia, Elena de Boistrudan?

— Antes de esta noche no sabía hasta qué punto la quería, respondió el vizconde.

— ¿Esto quiere decir que la amais?

— Con delirio.

— ¡Bravo! exclamó Jorge.

— ¿Y qué os puede importar eso?

— Una friolera, una ganancia de cincuenta mil francos, respondió Jorge.

— ¿De qué manera?

Jorge Leslie escuchó atentamente y miró en derredor de sí.

— ¿Oís alguna cosa? preguntó Enrique con inquietud. Antes que Leslie tuviese tiempo de responder se oyó un sonido sordo y gutural en dirección de la calle de la Fontenelle.

— Es el viento, dijo Jorge volviendo á tomar su aire indiferente: mirad allá abajo, no tardaremos en tener tempestad.

En el horizonte, hacia la parte del nordeste se veía subir un gran nubarrón que iba cubriendo una tras otra las brillantes estrellas. La noche se ponía mas y mas oscura, en tanto que el viento soplabá por ráfagas bruscas y violentas.

— ¿Queréis saber porque vuestro amor me vale un bono de cincuenta mil francos? repuso Jorge Leslie con una franca jovialidad; primeramente quiero manifestaros algun tanto mis impresiones. No soy hombre de mundo y alcanzo muy poco metido en un salón... sin embargo, á pesar de ser un miopo, entre vuestras elegantes parisienses me ha parecido ver... pero quizá voy á disgustaros, señor vizconde.

— ¿Qué habeis creído ver? repitió este.

— Temo ponerlos de mal humor... me ha parecido que la señorita Elena os corresponde con mucha frialdad.

— ¡Caballero! exclamó Enrique frunciendo las cejas.

— ¡Veis! dijo Jorge, estaba seguro de que iba á disgustaros... lo siento... hablemos de negocios, caballero, pues creo que no sirvo para otra cosa... En materia de negocios, caballero, mi vista es mas fina que la de un lince; vos mismo vais á ser juez; voy á deciros en pocas palabras todo lo que habeis resuelto desde vuestra salida del palacio de Boistrudan.

Cuando os habeis detenido en la acera del puente Real, estabais ebrio, no teniais ni sombra de idea. Vuestro primer cuidado ha sido persuadirlos de que yo no era el conde de Rosen... Había tantas cosas para creerlo como para dudarle: en vuestro lugar hubiese titubeado mas tiempo...

Hé aquí vuestro punto de partida: en el instante en que vuestra imaginación se ha puesto un poco mas lúcida, os habeis dicho: este no es Rosen, es un enviado suyo... y habeis repasado todos los pormenores de los incidentes de esta noche...

De este exámen habeis deducido lo siguiente: el enviado de Rosen no se ha portado como un hombre del todo fiel. Su misión era observar, y él ha hablado. Su conducta revela por todos lados una mira personal. Mientras que le escuchaba, con el corazón oprimido y la frente bañada en sudor, me ha dirigido extrañas miradas... Su narración parecia calculada para aterrorizarme. No hablaba sino para mí. Un hombre desinteresado no se hubiese expuesto á hacerme poner en guardia.

Conclusion: M. Jorge Leslie es un bravo cuyo puñal se puede comprar... ¿No habeis pensado en eso?

— A pesar de toda vuestra perspicacia... empezó á decir el vizconde.

— O bien, interrumpió Jorge, M. Leslie es un descamisado por el estilo de Gil Blas... que me va á pedir *li-mosna* con la escopeta á la mano.

— Por Dios, caballero, dijo el vizconde con cierto fingido desden, mi pensamiento no ha ido tan allá.

— Si por cierto, y mucho mas lejos aun... pero no he concluido todavía... Os habeis dicho: con un hombre semejante no hay que regatear: voy á proponerle que me venda su amo.

Jorge se detuvo al ver que el vizconde hizo un movimiento y dijo:

— ¿Lo negais?

El vizconde no contestó.

— No lo negais, prosiguió Jorge, y haceis bien... Pero entonces os ocurrió una duda: ¿y si rehusa? Esto es grave. Rehusando Leslie, el vizconde Enrique de Villiers quedaba enteramente á su disposición... El vizconde ha comprendido esto perfectamente. Entonces se ha apoderado del brazo del aventurero Jorge como del de un antiguo amigo, y ha dicho: venid; y le ha conducido á la altura de Montmartre... Para ejecutar la idea del vizconde hubiese sido mejor la sabana mejicana ó una de las escarpadas laderas que conducen del campo de los Cuchillos de oro á la llanura, pero el vizconde no podia escoger. Jorge Leslie no le hubiese seguido hasta allí... A las cuatro de la mañana, en invierno, con un frio de diez ó doce grados bajo cero, la sumidad de Montmartre ofrece un abrigo bastante seguro para tratar un asunto... Una vez allí, M. de Villiers contaba sacar sus pistolas y decir: ¿Cuánto pedís por hacer tal ó cual cosa? En el caso probable de aceptación por Jorge Leslie, nadie en el mundo podia tener conocimiento del pacto... En caso de negativa, ¿qué conexión podia haber entre el vizconde Enrique de Villiers y ese cadáver desconocido que habria aparecido al hacerse de día tendido entre la nieve?

— ¿A qué viene ahora discutir todo esto? murmuró el vizconde.

— Mi revolver ha cortado la cuestión, replicó Leslie: soy de vuestro parecer: la discusión es ahora intempestiva... tanto mas, en cuanto que yo no hubiese rehusado... Hablemos del negocio.

— Os ofrezco cien mil francos, dijo Enrique.

— Bonita cantidad... con los cincuenta mil mas que me dareis por el amor que profesais á vuestra novia, esta suma asciende á siete mil quinientos lises, como nosotros contamos allá en América.

— Sea así... pero quiero saber...

— ¿Porqué es ese sobrevalor? Es menester deciros que Rosen es caprichoso como un americano, y que pretende aplicarnos rigurosamente la pena del Talión. Vos le habeis quitado el oro y su amada...

— Y por lo mismo quiere quitarme mi novia y mi dinero... Esta es una noticia útil.

— Y que vale los cincuenta mil francos, ¿no es verdad?

— Eso será segun lo que vayais á hacer por mí, repuso el vizconde; ¿sois hombre de acción?

— Cuando no me es posible estar tranquilo.

— Comprendo; ¿me dareis un golpe de mano?

— Quizá... pero eso os costaria un precio fabuloso.

— Repitid mi pregunta; entonces decidme lo que os compro por cincuenta mil ducados.

— Una cosa enorme, querido caballero; la igualdad de armas en ese duelo que va á verificarse desde hoy mismo quizá... Me comprometo á enseñaros hoy el conde Alberto de Rosen vuestro adversario.

— ¿Le veré sin ser visto? preguntó M. de Villiers.

— Si acaso os conviene...

Enrique reflexionó un instante.

— ¿Y no hareis mas que eso por ciento cincuenta mil francos?

— Vuestra novia, replicó Leslie contando con los dedos, vuestra fortuna y vuestra vida... cincuenta mil francos cada pieza... ¿os parece caro?

El vizconde alargó su mano derecha que Jorge estrechó entre las suyas, y ambos dijeron:

— Trato cerrado.

Al cabo de algunos minutos el gran nubarrón negro habia llegado al zenit y empezó á nevar. La oscuridad se hizo ahora tan intensa que la torre del telégrafo desapareció entre las tinieblas.

Delante de nuestros dos compañeros, fuera de la línea blanquecina que marcaba el borde de los últimos derumbamientos, se veía una especie de abismo inmenso.

— Una palabra todavía y nos separaremos, dijo Jorge; ¿conoceis al duque del Valle?

— ¿El embajador del Brasil?... Muy particularmente. La duquesa es una de las mas adorables mujeres de París con sus cabellos á la Ninon y sus ojos de mejicana, mas negros que el azabache... Del Valle se casó en Durango despues de haber llevado una vida de aventurero como yo. Nos conocimos en las Cordilleras.

— ¿Qué género de fiesta dará esta noche el duque del Valle?

— Un baile de máscaras... al que concurrirá lo mejor de París.

— Cuento pues con vos, vizconde, para que me presentéis á la duquesa, dijo Jorge. En la embajada del Brasil os enseñaré al conde Alberto de Rosen.

Un verdadero torbellino cubria Montmartre en el momento en que los dos compañeros se dirigian á la callejuela. La nieve caía á copos, impelida por un viento diabólico. Apenas podian distinguir el camino.

La noche de Navidad es eterna: ni el mas ligero resplandor se divisaba aun en el Oriente. Al fin dieron con una brecha y pasaron.

— Hasta la noche, dijo el vizconde.

— Hasta la noche, repitió Jorge Leslie. Al punto de media noche estaré en vuestro palacio.

El vizconde se dirigió hacia la iglesia, en tanto que Jorge tomó por el lado del Chateau-Rouge.

Apenas habian andado media docena de pasos en sentido contrario, que dejaron de verse. Jorge se detuvo, y dejando oír un ligero silbido, le contestó en seguida una voz sorda junto á él en la oscuridad.

— Towah está aquí, dijo la voz.

— Sígueme la pista, dijo Jorge Leslie.

Towah saltó de un brinco la brecha, y poniéndose boca abajo añadió:

— Towah tiene la pista.

— Al fin de ella, repuso Jorge, Towah encontrará á Mohican su enemigo.

El indio no pudo contener un grito de salvaje triunfo y desapareció en medio de las tinieblas, mientras que Jorge le decía:

— Acuérdate que has jurado esperar.

IX.

MOHICAN.

M. Benito Loyn, propietario, vivía en una habitación bastante deteriorada, que penetraba en el muro que circuió su inmueble, situado en Montmartre, calle de Saint-Denis hacia la mitad de la cuesta. La habitación no tenía mas que dos ventanas que daban á la calle, las cuales estaban cerradas con fuertes barrotes de hierro.

A derecha é izquierda la pared se prolongaba negruzca inclinando tan pronto á un lado como á otro su remate de yeso lleno de remiendos, y siguiendo tal cual vez las ondulaciones de la cuesta. La pared de M. Benito Loyn contribuía no poco á dar á la calle de Saint-Denis esa fisonomía triste é indigente que posee en tan alto grado.

La pared de M. Benito Loyn, propietario, tenía de longitud lo que le faltaba de belleza. Servía de cercado á un terreno bastante grande, plantado de árboles raquíticos y cubierto de casucas de pésimo aspecto que los marchantes parisienses alquilaban en verano para gozar un poco de los placeres de la *campiña*.

Estas *campiñas* de Montmartre se echan de menos en la colección beociana y ultrarealista de Enrique Monnier. Se las recomendamos eficazmente. El conjunto de estos casucos se llama generalmente una *quinta*.

Las casucas de M. Benito Loyn, propietario, formaban la quinta de Bel-Air, muy conocida de los aficionados á la *campiña*.

Encontrábanse en la quinta de Bel-Air doce ó quince *chocitas* y dos casas de tres pisos, dispuestas para recibir ocho inquilinos cada una. Los alquileres variaban de trescientos á quinientos francos, sin contar las habitaciones amuebladas que subían hasta mil; pero aquellas eran verdaderos palacios.

El inmueble de M. Benito le producía, á corta diferencia, unas mil quinientas libras de renta, sin contar lo que le valía el arreglo que hacia con el carnicero, el especiero, el panadero y hasta con el aguador.

Todas las habitaciones tenían un pequeño jardín privado, cubierto de césped, ancho como un velador, y un ceston rodeado de boj. Estos alvéolos estaban separados por enrejados de caña pintados de verde. Cuando M. Benito enseñaba su propiedad á nuevos inquilinos, les decía «que en aquel jardín cada cual estaba como en su casa.»

Cada chocilla estaba edificada en el centro de un eden microscópico. Una cuba metida en la tierra servía de depósito de agua cuando llovía.

Veíase delante la llanura de Saint-Denis. El viento del norte que quemaba las débiles acacias, habia valido á esta mansion su nombre de quinta de Bel-Air, nombre que estaba en armonía con la *sociedad* escogida que cada año se reunía en este sitio.

M. Benito Loyn desempeñaba por sí propio todas las funciones, siendo al mismo tiempo su administrador y su portero. Harpagon tenía á maese Jacobo; M. Benito, mas prudente que Harpagon, no se fiaba sino de sí mismo. M. Benito tenía el derecho de mirar á Harpagon como un viejo derrochador.

Toda la compañía de M. Loyn consistía en un enorme perro flaco, al cual habia acostumbrado á pasar con la ración de un dogo. Mohican (así se llamaba el perro), siempre hambriento, rondaba toda la noche por el jardín y equivalía á una guarnición de diez hombres.

Tres veces por semana M. Benito convidaba á su perro á comer en la ciudad, es decir, que lo paseaba una hora ó dos al rededor del matadero de Montmartre. Sin esta atención Mohican hubiese muerto ético mucho tiempo antes.

Un pobre hombre de Clignancourt que daba cien francos por año á M. Benito para comprar la clientela de sus inquilinos, cuidaba de los jardines durante el verano. En invierno, cuando los marchantes amigos de la *campiña* habian tomado su vuelo, quién hacia la calle de los Osos, quién hacia la calle de Baudoyer, M. Benito se quedaba solo con su perro Mohican.

Durante la estación del frio, M. Benito empleaba el tiempo en fabricar anuncios manuscritos para sus alquileres, y en separar mal que bien sus diferentes habitaciones. M. Benito se habia hecho pintor, carpintero, cerrajero, fabricante de estufas, etc. En Montmartre le tenían por muy rico. Sus vecinos decían que hacia todo esto «por pura diversion.»

No se trataba con nadie. Su perro Mohican mordía á todo el mundo.

Esta mañana, segun su costumbre, M. Benito Loyn se habia levantado á las cinco en punto. Era tan madrugador como laborioso. Su dormitorio estaba alumbrado

por una vela de sebo de las de doce en libra, pero debemos decir que su luz no era suficiente para alegrar el papel sucio y descolorido que cubría las paredes.

Su cama estaba ya levantada y terminado su tocador. En atención al crudo frío que hacía, dos tortas de orujo humeaban en una inmensa chimenea. Mohican dormía con las patas delanteras metidas entre la ceniza. M. Benito había pensado con mucha frecuencia utilizar los ratos de ocio de su perro, pero no empleaba nunca el asador. Un viejo reloj colgado en la pared, después de gruñir un buen rato dejó oír las seis... Esta era la hora poco mas ó menos en que Jorge Leslie y el vizconde Enrique se separaban bajo el telégrafo.

Hacia algunos minutos que el viento azotaba las maderas carcomidas de la casa de Benito, aplastando contra los vidrios grandes copos de nieve.

M. Benito estaba rompiendo algunas botellas de vidrio cuyos pedacitos clavaba en el yeso de la parte superior de su cercado. Encima de la mesa se veía aun el trabajo que hiciera la víspera; eran hermosos cartelones cuyas viñetas dibujaba por su propio puño y que decían: Para alquilar. — *To be let.*

«Se alquilan varias habitaciones amuebladas ó sin amueblar en la célebre quinta de Bel-Air, sita en Montmartre, calle de Saint-Denis, n.º... Precios moderados, servicio facultativo, soberbia exposición.

» Dirigirse á M. Benito Loyn, propietario. — El establecimiento tiene médico. — Vistas á las colinas de Montmorency.»

«Various apartments furnished or no, in the parish of the celebrated villa du Bel-Air, seated into Montmartre, Saint-Denis-Street, n.º... at moderate price, servants and maid-servants, on demand. — Splendid prospect.

» We may speak to M. Benito Loyn, proprietor. — Private physician. You may have view by the Montmorency-hill.»

Nunca se aprenden mejor los secretos y la finura de los idiomas extranjeros que cuando se viaja. M. Benito tenía gran confianza en sus carteles políglotas para atraer á los viajeros ingleses que son casi tan amantes de la campiña y de las cabañas como los mismos parisienses.

Los ingleses debían pagar un tercio mas de alquiler, porque M. Benito era buen patriota.

No sabemos la idea que el lector se habrá formado de este hombre establecido, según la relación del vizconde de Villiers, al cual había tenido el honor de poseer como doméstico y compañero de viaje. M. Loyn podía tener unos cuarenta años; era de estatura pequeña, pero bien fornido; su boca, florida entre sus redondas mejillas, tenía esa expresión mixta, esa *sonrisa falsa* de los parisienses cuyos padres vinieron de Normandía. Sus cabellos espesos y cortos empezaban á ser canos.

Hubiese sido un hombre rechoncho de bastante buena apariencia á no ser la falsa mirada que se ocultaba bajo sus enormes cejas.

Vestía una de esas chupas pardas, forradas de estopa, que son el uniforme de los tratantes en vino. Junto á él, encima de la mesa, un registro abierto dejaba ver columnas de números.

Delante de las dos tortas de orujo se veía un pequeño puchero de sopas.

— Mohican se vuelve pesado, pensaba M. Benito rompiendo sus botellas; este animal no piensa sino en comer y dormir... Tendré que informarme del precio de las rateras de lobo.

Nunca pasaré de este atascadero, se interrumpió apoyando contra su mano su cabeza rústica como una almohaza; si uno coloca su pobre gato en una casa de comercio, hay quiebras, revoluciones, el diablo y todo su acompañamiento... además se tiene fuera de casa, y no se puede contar mañana y noche... ¿De qué sirve tener un gato bien provisto si no se puede contar?... Pero hay el reverso de la medalla; el dinero que se guarda para acariciarlo no produce; este es el género de entretenimiento mas costoso... Con tantas cosas estúpidas como se han inventado, aun no se ha encontrado el medio de hacer fructificar el dinero en la bodega.

Benito se sonrió. M. Loyn no era uno de esos avaros rancios que llevan su pasión al extremo; bromeara consigo mismo y manifestaba una grande alegría en esas conversaciones íntimas que eran sus desahogos.

— ¡Bah! repuso el propietario haciendo una punta aguda á su pedazo de botella, prefiero contemplar mi gato... es una cosa estúpida, pero es mi gusto... Huelo un aumento de alquileres para los años venideros... Sin contar que la vejez se acerca y que muy pronto no tendré que regalar á cada momento ni cachemiras, ni vestidos con volantes... De nada sirve comprar todos esos enredos en el Temple; aun así cuestan carísimos.

Dedúcese de esto que M. Benito se portaba bien con las damas, si bien por otra parte detestaba este resto de juventud que le arrastraba á semejantes prodigalidades.

Todos encontramos, al menos una vez en la vida, esa variedad del género avaro que desea con todas sus fuerzas la edad de las contracciones de estómago, para no caer en las tentaciones dispendiosas de la glotonería.

El perrazo flaco al que Benito diera el nombre de Mohican en memoria de sus viajes y aventuras, levantó su hocico en este instante, entreabriendo sus ojos cargados de sueño.

— ¡Hola, vagabundo! dijo Benito, ¿qué hay de nuevo?... oyes pasos en la calle... Son ya las seis, viejo gandul.

Mohican se levantó lentamente y se estiró; después puso otra vez su garganta en el suelo y recogió sus largas piernas dejando oír un sordo aullido.

Benito palideció.

— Con el tiempo que hace, murmuró el propietario,

aun tendrían una hora de tiempo para jugarme una treta.

En seguida llamaron violentamente á la puerta. Benito corrió á su mesa de noche, encima de la cual había un par de pistolas, y se las metió en los bolsillos. Al mismo tiempo cogió su fusil de guardia nacional que estaba colgado en la pared.

Mohican olfateaba en tanto que sus ojos empezaban á ponerse encarnados.

Volvieron á llamar ahora con mas fuerza que antes. Benito preparó una pistola, pero su mano temblaba.

Este hombre, sin embargo, había desafiado la muerte muchas veces; pero hanse visto soldados intrépidos que miraron la muerte con serenidad, y que se han vuelto tímidos de repente cuando se han visto el único protector de una madre ó de una mujer querida.

Benito no tenía ni madre ni novia. Lo único que sabemos es que no había colocado su dinero.

— ¡Benito! ¡Benito! gritó una voz desde fuera, ¡levantaos!... ¡abrid!

El perro Mohican se puso el rabo entre las piernas y se volvió á echar tranquilamente. Los músculos de la cara de Benito se aflojaron. Sin embargo, titubeó aun un rato y miraba al perro con atención.

— ¿Estás seguro de que es él? preguntó á Mohican. El perro bajó las orejas y meneó la cola.

— ¿Qué diablo se le ofrecerá á estas horas?... murmuró Benito encaminándose á la puerta.

— ¡Aquí, Mohican! se interrumpió; ¡si te has engañado, pobre de tí!

M. Benito abrió la puerta de su dormitorio, y haciendo pasar á su perro delante de él, se dirigió á la puerta de la calle que salía á un pequeño cuadrado rebajado por tres gradas.

— ¡Abrid, Benito! decía la voz de fuera.

— ¿Sois vos, señor vizconde? preguntó el propietario por un exceso de precaución.

— Sí... hace diez minutos que estoy llamando.

Benito sacó una gruesa barra, hizo correr dos cerrojos y en seguida el pestillo de una cerradura monumental.

La puerta se entreabrió, y un turbión de nieve dejó medio ciego al propietario.

— ¿Venís solo? dijo Benito así que el vizconde entró.

— Sí, replicó este.

— Casi juraría que he visto una sombra parda detrás de vos... ¡Alerta, Mohican!

Mohican gruñía y trataba en vano de pasar su hocico por entre la hendidura del umbral de la puerta.

— Soñais los dos, dijo el vizconde; á esta hora no hay un alma viviente fuera de Montmartre.

El vizconde sacudió su gabán cubierto de nieve y entró. Benito le seguía detrás. Enrique cogió en seguida un par de troncos con media docena de tortas de orujo para reanimar el fuego.

— Haced como si estuviérais en vuestra casa, gruñó Benito.

El vizconde, sentándose en el único sillón de brazos grasientos y medio descoyuntados que había en el rincón del hogar, empezó á enjugarse la frente. Hasta entonces Benito no había advertido que de Villiers estaba pálido como un muerto y que de vez en cuando le asaltaba una especie de ataques convulsivos.

— ¿Qué teneis? le preguntó; ¿os ha sucedido alguna desgracia?

El vizconde no respondió; su mirada estaba fija en tanto que su fisonomía manifestaba un verdadero extravío.

— Habrá jugado á la Bolsa, pensó Benito como si de repente le iluminara un destello de luz. Y en seguida añadió:

— Hoy hubiese ido á vuestra casa, mi querido señor de Villiers, á no ser por el honor de vuestra visita... A vos ya os lo puedo decir... queria pedir que me prestárais algun dinero... Estoy convencido de que no rehusaréis una friolera á un antiguo servidor vuestro que se encuentra necesitado.

— ¡Vos!... ¡necesitado, Benito! replicó el vizconde mirándole de hito en hito.

Loyn ocultó sus ojos bajo sus cejas. — Estos tiempos tan malos... tartamudeó el antiguo criado, especulaciones desgraciadas...

— Ya hablaremos de eso, interrumpió el vizconde volviendo á caer en su distracción.

— No necesita dinero, pensó Benito, tanto mejor; pero entonces ¿qué querrá?

Mohican atravesó el cuarto de un brinco y fué á apoyar sus patas en el poyo de la ventana que daba al jardín.

— ¿Qué es eso, viejo? ¿qué hay? preguntó Benito.

Mohican se puso á ladrar con fuerza.

— Apostaría la cabeza á que hay alguien en el parque, exclamó Benito.

El vizconde se encogió de hombros.

— Ha tomado la calle de la Fontenelle para bajar por la barrera Rochechouart, dijo.

— ¿Quién?

— M. Jorge Leslie.

— ¿Quién es ese M. Jorge Leslie?

El furioso ladrido del perro no dejó oír la respuesta de Enrique.

— Decidme, ¿M. Jorge Leslie iba vestido de color pardo? preguntó Benito.

— No... llevaba traje negro.

— Entonces no es el que he visto.

— Me está bien, prosiguió el propietario hablando consigo mismo; he tardado demasiado tiempo en clavar los pedazos de vidrio.

— Me alegro en extremo que necesiteis dinero, Benito, dijo de pronto el vizconde levantando sus ojos hácia Benito; soy rico... riquísimo... mis fondos han crecido mucho...

— Solo yo he ser siempre el desgraciado, dijo Benito suspirando, y acercándose á Enrique, añadió:

— ¿Teneis que proponerme algun asuntillo?

— Sí, respondió el vizconde.

Los ladridos de Mohican eran tan terribles que apenas les permitia oírse uno á otro.

Benito dudó un instante, y en seguida dijo:

— Tanto peor para el ladrón... Al ser de día aparecerá un hombre estrangulado en el jardín... Daré mi declaración... y esto servirá de ejemplo á los otros.

Benito cogió á Mohican por el collar y se trasladó á un cuarto contiguo que salía al patio, el cual estaba separado del jardín por una pared de seis pies. El prudente Benito no se expuso á salir por allí; sino que soltando el perro, gritó:

— ¡A él, viejo!

Antes que Benito hubiese cerrado la puerta, el perro había saltado sobre el techo de su perrera salvando desde allí el muro de un solo brinco.

— Ya le habrá ajustado las cuentas, pensó Benito volviendo á entrar en su dormitorio.

Oyéronse en aquel momento dos ó tres ladridos sonoros y todo volvió á quedar en silencio.

— ¡Hé aquí! dijo Benito. Ahora podemos hablar... No os ofrezco nada porque nada tengo... ¿Me permitiréis que me coma mi potaje?

— Dadme aguardiente, replicó el vizconde.

— No sé si tengo, si acaso será una casualidad.

Benito se fué á abrir un armario, y después de buscar mucho tiempo pudo encontrar una botella que presentó á Enrique con un vaso. El vizconde bebió el aguardiente de un solo trago.

La sangre volvió á colorar algun tanto sus mejillas, dando lugar á la reacción del frío que pasara.

El vizconde se quitó entonces el gabán y se ofreció á los ojos del antiguo cazador de castores en toda la rigurosa elegancia de su traje de baile.

— Los sastres deben ganar mucho dinero, pensó Benito.

— ¿Seguis siendo un muchacho atrevido y dispuesto á todo? preguntó el vizconde bruscamente.

Benito que llevaba ahora la primera cucharada de potaje á su boca, no pudo tragársela.

— ¡Eh! ¡eh! dijo, eso depende... si el negocio es seguro... pero ya veis, cuando uno ha construido ya su nido... En una palabra, ¿hay algun peligro?

— Muchísimo, respondió Enrique.

— Entonces, servidor vuestro, dijo Benito poniéndose á comer con grande apetito: os presento de antemano mi dimisión.

— Y yo no la acepto, mons... Benito, repuso el vizconde. ¿Cuánto habeis traído de allá bajo, á corta diferencia?

— Muy poca cosa... respondió el propietario.

— Desde el agua del Mississipi que embotellásteis, hasta nuestra salida de América, interrumpió el vizconde, no habeis cesado de hacer chalanerías... Vuestra parte en el escondrijo del mayor fué buena... Debeis ser rico... Sin embargo, soy mucho mas rico que vos... Desde la reapertura de la Bolsa, en 1848, que juego á la alza; es decir que he hecho ganancias considerables; los antiguos dominios de mi familia están limpios y me son pagados integralmente... A mas poseo diez capitales disponibles... Pero á la hora en que os hablo estoy amenazado de muerte repentina.

— ¿Cómo? dijo Benito creyendo haber oído mal.

— Que estoy amenazado de muerte repentina, repitió Enrique.

— ¿Qué entendeis por eso?

— El mayor está en París.

La cuchara se escapó de la mano de Benito.

— ¡En París!... balbuceó; ¡el mayor!... Pero, añadió Benito, el mayor tendrá que buscar mucho tiempo antes de dar con el aventurero Eduardo de Montroy.

— El mayor sabe mi verdadero nombre, dijo el vizconde; antes de partir, no creí prudente participarle este secreto, y sin embargo el mayor me ha llamado por mi nombre...

Enrique de Villiers refirió en pocas palabras la historia de las firmas cambiadas.

— ¿Y quién pudo instruirle tan bien? murmuró Benito.

— Hay sin duda en todo esto una casualidad verdaderamente infernal... ¿Te acuerdas de nuestra excursion á la Sonora?

(Se continuará.)

La ciudad de Lyon.

La opinion es unánime entre los viajeros que visitan la antigua ciudad fundada por Munatius Plancus, y esta opinion no es favorable para la segunda ciudad de Francia. Calles negras y angostas, ó mejor dicho, callejuelas que se abren un camino sinuoso á través de casas coloradas ennegrecidas por el humo del carbon de piedra; un mal empedrado sucio en todas las estaciones; feas avenidas que arrojan á las calles arroyuelos de un color sospechoso; tiendas oscuras y pobres; grandes puertas abovedadas provistas de barras de hierro que apenas introducen una claridad dudosa en las tinieblas interiores; mil perfumes de droguerías cuando no de otra cosa peor; una poblacion activa, poco cuidada de la forma, y en

cuanto á carruajes, carros de toda especie cargados de mercancías; una atmósfera parda, húmeda, mojada nueve meses del año con esas nieblas del Támesis, que aconsejan á una mitad de *Old merry England* la expatriación, y á la otra el suicidio: tal es el aspecto risueño, el gracioso panorama que hiera la vista del que lle-

ga á Lyon, y le predispone á un esplin formidable consignado en mas de una página escrita *ab irato* sobre esa grande é industriosa ciudad.

El carácter de los habitantes no es propio para mejorar esta impresion primera. El lyonés es una especie de holandés probo y activo, económico y trabajador, á

quien el cielo en su justicia distributiva ha privado, en compensacion de aquellas cualidades, de las gracias frívolas de la afabilidad, de la ligereza y la sociabilidad con que ha dotado tan abundantemente á la poblacion de París. El lyonés no entiende estas finuras; no se da por hombre chistoso ni amable; se rie cuando tiene



EL JARDIN DE INVIERNO DE LYON.

tiempo para ello, pues su comercio, su industria y sus negocios le roban todas las horas. De aquí su fisonomía grave y sombría. Sin embargo, es austero sin esfuerzo; pues no necesitando lujo ni placeres, ni siquiera sospecha su existencia. Come á las dos, cena á las nueve, y en seguida se acuesta virtuosamente como un mercader de la edad media. Sus días, que no difieren esencialmente de sus noches, los pasa con la pluma en la mano ó en el oído, en una especie de cueva ó de piso bajo tenebroso, donde tiene sus mercancías, sus libros de cuentas, el centro de sus negocios, el gran interés de su vida. Aun se hallan algunos negociantes de este tipo en la calle de Bourdonnas y en el barrio de Arcis. El lyonés que á menos de sufrir desastres, se enriquece con

treinta años de semejante existencia, no tiene un solo instante la intencion de emplear su fortuna en proporcionarse el bienestar que en otras partes tanto se ambiciona. No solamente critica el lujo en los otros, sino que no le gusta para sí, y eleva esta antipatía instintiva á la altura de una regla de conducta. Conoce á sus ciudadanos y sabe que todos son lo mismo. La ostentación que en otras partes sostiene el crédito, le comprometería en Lyon. El único goce que se permite el comerciante enriquecido, el único que no le prohíben los antecedentes y los usos del comercio de la ciudad, consiste en comprar una casa de campo en las afueras para ir á pasar allí en familia el día del Señor. En los días de trabajo no ambiciona mas diversion que la

de fumar su pipa bebiendo cerveza como un holandés.

En Lyon el clero, muy numeroso, tiene una grande influencia, y esta dominacion aumenta el carácter de ascetismo tan pronunciado ya que se extiende por toda la poblacion. Hasta los lugares de recreo se resienten de esta tendencia abolicionista de la forma, del colorido y la alegría, de los gustos y de la mayor parte de las alegrías y los esplendores terrestres.

El forastero que se siente invadido prontamente por los mefíticos vapores de la tristeza y del enojo, no sabe que hacer para combatir esa enfermedad endémica y contagiosa que le oprime. Los cafés, ese paliativo y ese gran narcótico de la vida de provincia, no le ofrecen un tónico bien eficaz contra la *influenza local*. Oscuros y



EL PUENTE SAINT-CLAIR, EN LYON.

eos, tienen mas relacion con las tabernas inglesas que con los elegantes palacios llenos de oro, espejos y molduras que se ven en París. Pero á falta de este antídoto, la gastronomía ofrece un buen recurso al transeunte. La ciudad, situada entre los viñedos de Borgoña y del Ermitage, que centraliza y consume las truchas del lago

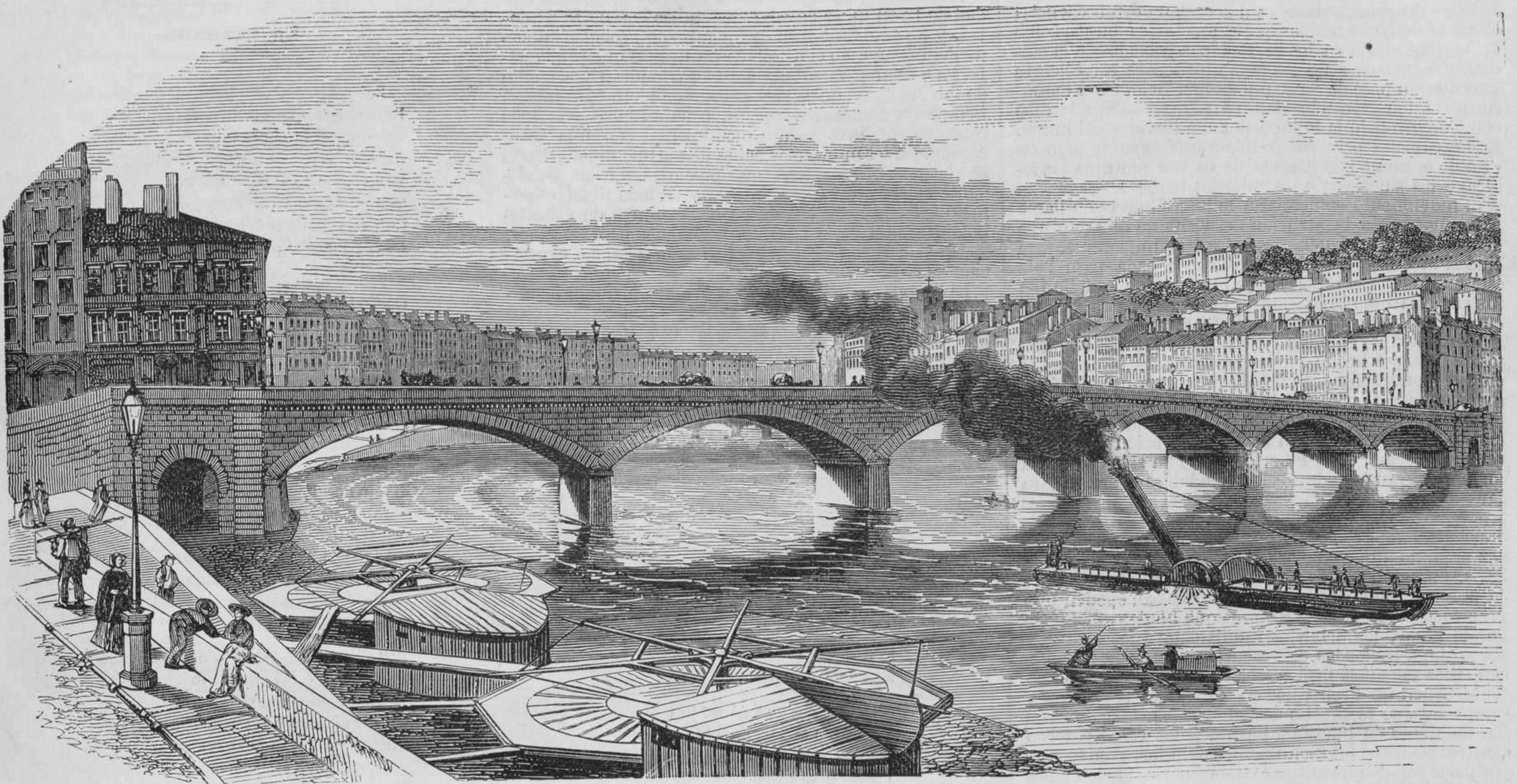
de Ginevra, los cangrejos de Nantua las carpas del Saona, las suculentas aves de Bresse y los bueyes del Charolés, es una ciudad gastrosófica y culinaria por excelencia. Pero esta gastronomía provincial y austera tiene las apariencias por cosa vana, y regularmente para saborearla hay que ir á alguna plazaleta sin nom-

bre, al fondo de un callejon sin salida, sentándose á la mesa de un figon oscuro. Las fondas mas célebres de Lyon, donde se come muy bien y muy barato, carecen de todo lujo. Unicamente los aficionados pueden prescindir de esa ausencia de la forma; y como los profanos constituyen la inmensa mayoría, esto hace que el fo-

rastero tampoco encontrará aquí la diversion, la alegría y el consuelo que necesita.
Si al levantarse de la mesa se dirige al teatro, por supuesto al mas jocoso, que es el que llaman de los *Celes-*

*tin*os, entrará por unos corredores que justifican esta denominacion monacal en una sala peor que la de un teatro de feria. La funcion concluye temprano, pues los lyoneses, como hemos dicho ya, tienen que acostarse

pronto. A las diez las calles están desiertas, los faroles de los cafés y de las tiendas se apagan, y el forastero se vuelve á su posada, donde en un cuarto que apenas tiene los muebles indispensables, escribe furioso á sus ami-

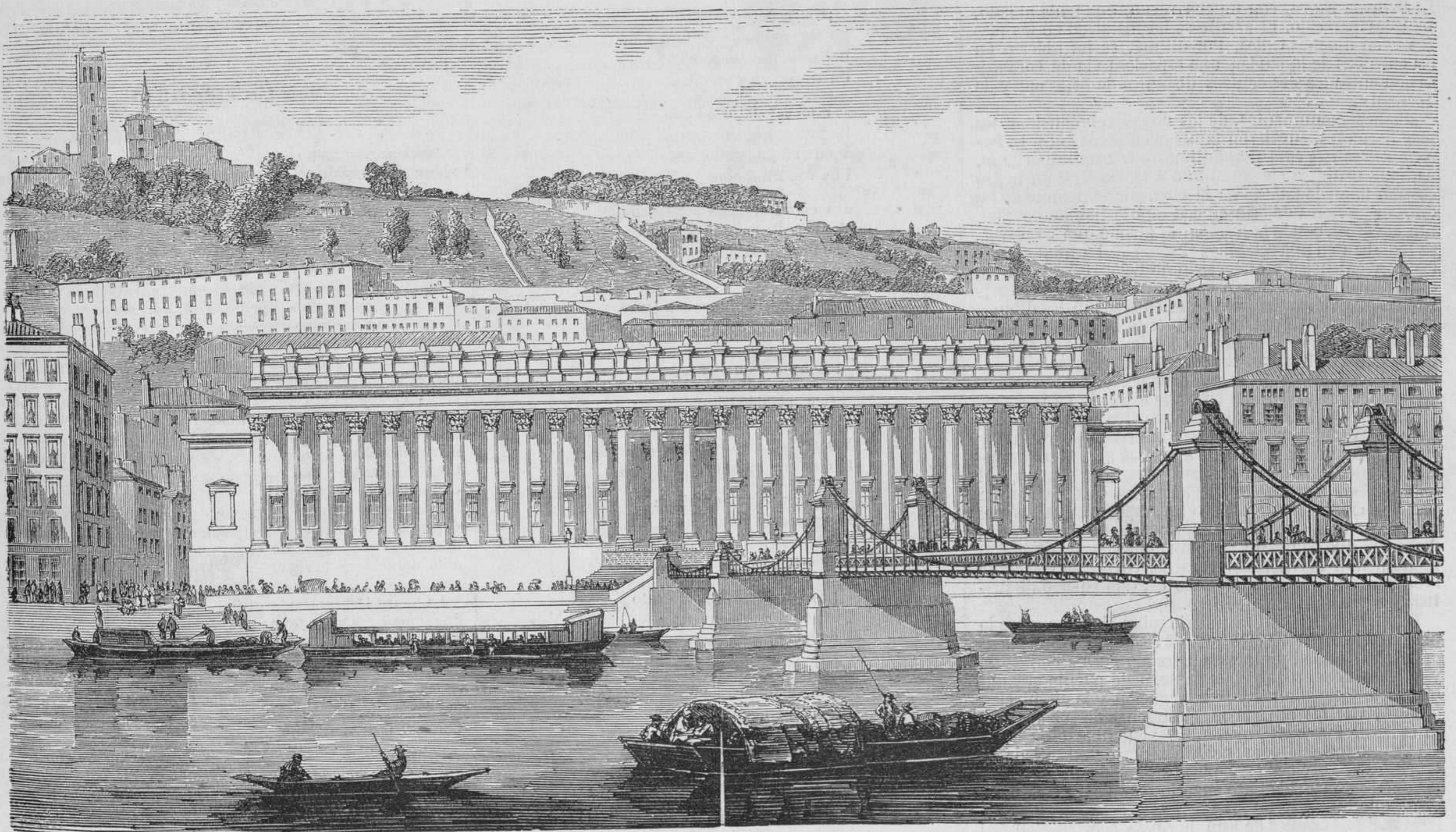


EL PUENTE DE NEMOURS, EN LYON.

gos, a sus enemigos y al universo, que la segunda ciudad del imperio francés es la mas fea, triste, insoportable, etc., de todas las que puede haber en el mundo.
Pero en esta sentencia si no hay calumnia, hay al menos severidad y exageracion. Lo que falta allí únicamente es la coqueteria, la superficial, la amenidad.

¿Quién tiene la culpa de esto? A medias la tienen la naturaleza, el clima, el cielo húmedo y los habitantes. Pero hecha esta salvedad, no se puede desconocer que Lyon posee no solo todos los caracteres de una gran ciudad, un sello de riqueza y prosperidad que salta á la vista, sino una clase de hermosura severa digna de ser admi-

rada. Nada es mas imponente que el doble promontorio por entre el cual corre el Saona, con la frente ceñida de una espesa corona de edificios enormes y de formas extrañas, populoso gigante, que parece proteger á la ciudad, espiándola al mismo tiempo como un observatorio y una ciudadela.



EL PALACIO DE JUSTICIA, EN LYON.

He vuelto á ver Lyon hace algunos años y despues de una larga ausencia, y no he podido menos de admirar vivamente el aspecto de las famosas alturas la *Croix-Rousse* y *Fourvière*, que sobresalian por todas partes sobre

la ciudad baja, medio envueltas en la bruma. ¿Qué sitio tiene comparacion con el de la antigua ciudad romana sentada en esa especie de circo entre el hermoso rio helvético de un blanco de ópalo y el hermoso Saona, que la

estrechan en sus húmedos brazos antes de confundirse algunos pasos mas lejos?
Además, Lyon no se halla desprovista de monumentos dignos de fijar la atencion del anticuario, del arquitecto

y del viajero curioso. La casa municipal debida á Filiberto Delorme, y que segun la opinion general, es la mejor de Europa despues de la de Amsterdam; el *Palacio de San Pedro*, que encierra las colecciones de la ciudad, el museo, la escuela de dibujo y de pintura; el hospital, gigantesco y soberbio edificio abierto á todos los dolores, á todas las enfermedades, sin acepcion de procedencia; muchas antiguas iglesias que es preciso ir á buscar como en la edad media en los barrios mas poblados de la ciudad, y á las cuales no les falta quizá para ser célebres mas que un poco de espacio y de luz. Todos estos monumentos están revestidos de un venerable barniz tan feo como oscuro bajo la influencia de la lluvia y del humo. En los edificios privados se tolera este barniz; pero en cambio el municipio despoja de él con pinturas periódicas á los palacios y á los antiguos templos.

El movimiento comercial é industrial de Lyon llama particularmente la atencion del visitante que se ocupa de artes, oficios, ciencia mecánica y manufacturas. Esta ciudad laboriosa é inteligente ofrece á cada paso bajo este punto de vista motivos de interés y de estudio tan instructivos como interesantes. Pero dejamos aparte esta cuestion, que no es para tratada en el presente artículo.

Viniendo á los edificios y á los últimos embellecimientos que se han hecho en Lyon, debemos decir que la ciudad ha sentido hace años la imperiosa necesidad de someterse á los preceptos de la higiene. El ayuntamiento ha hecho desde el principio de este reinado arquitectónico, y sobre todo bajo la administracion del inteligente M. Terme, cuya muerte precoz ha sido deplorada como una gran pérdida, los mas laudables esfuerzos para dar á la poblacion una fisonomia mas conforme á los progresos de la civilizacion y del bienestar general. Desgraciadamente su obra no puede cumplirse con la rapidez prodigiosa que en pocos años ha metamorfoseado á Paris. En primer lugar, los habitantes muy atrasados en punto á comodidades y ornato público, oponen una gran fuerza de inercia á mejoras que no desean. En segundo lugar, los arbitrios municipales son escasos; y por último, los gastos de reconstruccion y de embellecimientos son quizá mas crecidos que en Paris. Los terrenos tienen un gran valor en los barrios populosos y compactos que es preciso destruir, y las casas de Lyon son montones de durísima piedra. Estas casas parecen construidas como los monumentos egipcios, y en su mayor parte son de una altura extraordinaria. Suelen tener siete y ocho pisos, y están habitadas hasta las guardillas. Por consiguiente, para echar abajo estos monumentos druidicos, se necesita gastar oro á puñados.

Y sin embargo, la autoridad urbana ha sabido llevar á cabo en los últimos treinta años muchas reconstrucciones importantes. Varios muelles del Saona han sido ensanchados, en tanto que se han creado otros, pues en algunos puntos las casas bañaban sin necesidad sus pies en el rio. Dos galerías llamadas del *Argue* y del *Hospital* han abierto nuevas y elegantes vias en barrios que eran antes poco accesibles. Una abominable cloaca y una calle llamada *Negra*, con mucha razon, que tenia al lado, han desaparecido. El asfalto se ha instalado en las plazas y en muchas calles. Por último, se ha abierto en las entrañas de la ciudad una espaciosa via de comunicacion entre los dos centros distantes de Bellecour y de Terreaux.

Muchos monumentos, de los cuales reproducimos los mas hermosos, surgieron tambien en pocos años. El *Palacio de Justicia* es el mas antiguo y el mas importante. Antiguamente se elevaba junto á la catedral un negro castillo llamado *palacio de Roanne*, por el nombre de los antiguos señores de esta ciudad que le habian poseido. Era la cárcel, donde la justicia, lo mismo que los presos, se hallaban en una estrechez incómoda. La humanidad, las conveniencias y el servicio judicial reclamaban la construccion de un nuevo palacio de justicia; y efectivamente, se levantó este monumento segun los dibujos de M. Baltard, un arquitecto lyonés bien conocido. El sitio que ocupa es el mismo en donde se hallaba el antiguo palacio de Roanne. No presenta otro carácter especial, ni otro ornato notable que su fachada sobre el muelle enfrente de un puente colgante arrojado en la direccion de su eje. Este peristilo que nuestros lectores pueden juzgar, se compone de un átrio sostenido por veinte y cuatro columnas corintias de alta dimension, cuyos entablamentos descansan en un basamiento elevado, al que se llega por treinta escalones. La cárcel ocupa la parte de detrás de este edificio incompleto, pues sus tres lados restantes se hallan desprovistos de todo ornato, desnudez que contrasta sobremanera con la ambicion monumental del pórtico. Aquí se conoce la economía lyonesa. Sin embargo, tal como es, este palacio de justicia ha costado mucho dinero.

Tambien existia antiguamente sobre el Saona entre la plaza llamada del *Change* y la de la *Herberie*, un puente de una fealdad pintoresca llamado *Puente de piedra*, y que tenia encima algunas casas. Este puente era doblemente peligroso para la navegacion y la circulacion pública, por las dimensiones estrechas de sus arcos y su tablero. Por consiguiente, la venerable obra de la época romana fué condenada á muerte y ejecutada, y en su lugar se elevó otro puente llamado de *Nemours*, porque este príncipe puso su primera piedra cuando la visita que hizo á Lyon en 1842, con la duquesa. El dibujo que publicamos de esta hermosa construccion nos dispensa de describirla.

Entre los muchos puentes colgantes que arrojaron sobre el Ródano por causa de la extension que dieron al barrio llamado de *Brotteaux*, y á la poblacion, antes arabal, de la *Guillotière*, nemos elegido para dibujarle el de *Saint-Clair*, obra elegante y ligera, á la que los dos

pilares corintios elevados sobre el estribo de enmedio para sostener las cadenas de hierro, prestan un aire monumental que contrasta con el modelo conocido, casi siempre invariable, de esas construcciones mas industriales que artísticas.

Finalmente, ¿quién habia de creerlo? la austera ciudad de Lyon quiso engalanarse, quiso coronarse de flores, y levantó un Jardin de Invierno en la orilla izquierda del Ródano, en el barrio de Brotteaux, que principiaba ya á estar frecuentado por la parte joven y elegante de la ciudad lyonesa. Este palacio de Flora es al mismo tiempo un palacio de espejos, ó para hablar con mas sencillez, un invernáculo monumental con una vasta cúpula. En las numerosas calles de ese magnífico palacio se ven las flores exóticas mas preciosas. En las dependencias del Jardin de Invierno hay en todo tiempo salones de lectura, de conversacion, gabinete de estudios botánicos, gimnasio y puntos reservados para los niños.

Allí se dan conciertos, y allí tienen lugar las exposiciones artísticas.

La atrevida construccion de este edificio, que se levantó bajo el pretexto local y utilitario de desarrollar en él el estudio del dibujo aplicado á las manufacturas de Lyon, honra sobremanera á su arquitecto M. Horeau.

Que Lyon persevere pues en esta via de civilizacion y de progresos artísticos; que se purifique, que se desprenda de su negra corteza, y entonces el extranjero que la visite formará de la ciudad otra opinion muy diferente de la que señalamos al principio de este artículo.

F. M.

Histórico.

Me quieres asegurar
Que yo poeta nací:
Sí: nací para cantar...
Mas para cantarte á tí.

La voz que exhaló mi lira
Y en tinta el papel guardó;
Esa voz por tí suspira
Y para tí se exhaló.

Sin conocerte te amaba,
Adivino te canté;
Lo que en la vida buscaba
En tu sonrisa lo hallé.

Por primera vez al verte
Un misterio en mí pasó:
Yo pensé reconocerte
Y ver lo que nadie vió.

¡Un recuerdo misterioso
De otro mundo y de otra edad;
Del cielo un viso glorioso,
Un trasluz de eternidad!

Y mi ser sintióse lleno
De una existencia mayor,
Y en el fondo de mi seno
Una voz trinó mi amor;

Y en mi corazon convulso
Voraces llamas sentí,
Y un irresistible impulso
Que me arrebató á tí.

— ¡Ah! si entonces la barrera
No hubieras puesto que hallé,
Nunca yo bajado hubiera
Al abismo á que bajé.

Que, afligido, despechado,
Ardiendo en celos y amor,
Y sangriento y desgarrado
El corazon de dolor,

Dejé aquella que pudiera
Mi existencia ennoblecer,
Y á buscar fui quien me diera
De degradarme el placer.

¡Ay! y de mi lira el canto
Que por tí debió sonar,
Y de mis ojos el llanto
Que por tí debió brotar...

Todo ante un ídolo rrendí,
Todo profanado fué:
Amar á Dios no sabiendo
¡Ay! á Satanás amé.

Hoy... hoy vuelvo á tí de nuevo:
Mas el mismo ya no soy;
Borrar la mancha que llevo,
Ni tú misma puedes hoy.

¿Ni tú? ¿Qué dije? Tú puedes
Volverme mi juventud,
Y cual Jove á Ganímedes,
Exaltarme á la virtud.

En tí la voz: yo te amo...
Sí, te lo digo en verdad,
Me dará cuanto reclamo:
¡Vida, honor, felicidad!

La mañana.

Dulce virgen, despierta, despierta,
Deja el lecho de plácidas rosas;
Abre ya de tu choza la puerta,
Abre, y ven á sentarte á su umbral.
Ven y mira la fúlgida aurora
Que en la cima del monte de Oriente,
Con fervor, de rodillas, adora
De los incas al padre inmortal.

Ven, y escucha el suspiro profundo
Que, al salir de las sombras del sueño,
Se levanta á los ojos del mundo
Como el ¡ay! postrimero de amor.
Ven, y ve la argentada laguna
Que del aura al impulso suave,
Cual va y viene del niño la cuna,
Se remece con sordo rumor.

Goza, goza tu bella mañana,
El reir de tus jóvenes dias.
Goza en paz de su brisa temprana
Semejante al aliento de Dios.
¡Oh! ¿porqué de mi fúnebre suerte
Nos separa la mano de hierro?
¿Porqué al menos decirte en mi muerte
No me deja ni el último adiós?

¡Ay! postrado, sintiendo en mi cuello
Imprimir al cruel infortunio
De su planta el gravísimo sello,
Bramar oigo debajo un volcan.
Huye del! En tu pobre cabaña
Encerrándote, escucha tan solo
Retumbar por la ardiente montaña
El zumbido del raudo huracan.

¡Lejos, lejos! en breve espantada
Con un trueno de muerte, una noche,
Del volcan en la cumbre apartada
Una llama verás relucir.
Y despues que la estés contemplando,
«¡Ya murió! ¡Pobre amigo! ¡El me amaba!»
Por ventura dirás suspirando,
Y á tu choza entrarás á dormir.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

INSTRUMENTO INDICADOR DE LAS CORRIENTES EMPLEADO A BORDO DE LA FRAGATA FRANCESA ISIS. — Durante el viaje que ha hecho la fragata francesa *Isis* á Taiti, se ha empleado á bordo un nuevo instrumento de navegacion que da á conocer, en todas las circunstancias del mar y del viento, la direccion y velocidad de la corriente bajo cuya influencia se halla el buque.

En la navegacion ordinaria, el conocimiento de la corriente de masa superior es suficiente, y M. de Laronse, alférez de marina, ha imaginado este nuevo aparato para reemplazar en la mar al indicador general que ha inventado con el fin mas científico, de explorar la masa del mar á diversas profundidades; el resultado obtenido á bordo de la fragata, consiste en haber podido consignar de un modo exacto la existencia de las nuevas corrientes; en haber podido corregir ó verificar las diferentes cartas marinas; en haber verificado en el mar la marcha del cronómetro, y en haber obtenido una exactitud matemática con respecto á tierras distantes unas de otras mas de 3,000 leguas.

Este instrumento se compone de dos flotadores hechos independientes de la accion atmosférica y colocados á alturas desiguales en la masa de agua; una disposicion especial permite apreciar en la superficie el plano de direccion del arrastramiento.

La figura 1ª representa el indicador funcionando; el flotador superior MN es de madera y va lastrado por medio del peso P colocado en su parte inferior; un tronco AB queda exteriormente y en el eje longitudinal del flotador de madera MN; una cuerda delgada BC pone en comunicacion el extremo del tronco con una botella de cristal llena de agua y destapada, ó bien con un cuerpo de una densidad un poco mayor que la del agua del mar.

Sobre la figura se puede uno explicar fácilmente que estos dos cuerpos cederán á un arrastramiento diferente, y que el plano de direccion podrá señalarse con facilidad desde el buque por medio del ángulo ABb.

Figura 2, derrota de la fragata *Isis*.

La derrota de la fragata de Taiti á Brest, representa en la carta reducida la letra S del alfabeto; esta derrota notable parece haber sido seguida en muchas partes, segun las indicaciones de Maury; en el Atlántico sur, la direccion hacia el Este ha sido favorable, y en la zona tropical parecia coincidir con el centro de movimiento de las brisas. La navegacion mas rápida de la fragata fué en la travesía de Taiti al trópico

norte del Océano atlántico, pues se efectuó en cincuenta y seis días, sacando una ventaja de diez días sobre el *Severign of the sea*.

ANÁLISIS DE LOS GRANDES TERREMOTOS DE CUMANÁ Y CARACAS, por el comandante de ingenieros Valentín Machado. — Segun el « Viaje á las regiones equinocciales del nuevo Continente, » por Humboldt; el « Resumen de la historia (antigua) de Venezuela, » por Baralt y Diaz; el « Resumen de la geografía de Venezuela, » por Codazzi, y noticias posteriores, se han experimentado en Cumaná, á partir del año de 1530 hasta la fecha, diez terremotos violentos; uno en cada año de estos:

1º	— 1530,	2º	— 1641,
3º	— 1766,	4º	— 1776,
5º	— 1794,	6º	— 1797,
7º	— 1802,	8º	— 1809,
9º	— 1839,	10º	— 1853.

Los tres primeros terremotos se operaron en mas de dos siglos; y los siete restantes en menos de un siglo.

Del 1º terremoto al 2º pasaron	111 años.	236
Del 2º	al 3º	
Del 3º	al 4º	10 »
Del 4º	al 5º	48 »
Del 5º	al 6º	3 »
Del 6º	al 7º	5 »
Del 7º	al 8º	7 »
Del 8º	al 9º	30 »
Del 9º	al 10º	14 »

Los tres primeros terremotos acaecidos solamente en el dilatado trascurso de 236 años en periodos seculares, muestran que en la época reciente al descubrimiento de la América, los sacudimientos violentos eran tardos en Cumaná, ó que por entonces no estaba perseguida esta ciudad de los terremotos, como en las épocas subsecuentes. Los cinco segundos terremotos se sintieron en el corto trascurso de 43 años en periodos muy pequeños; lo que manifiesta que vinieron á hacerse frecuentes en la época posterior. Los dos terceros terremotos se han operado en 44 años en periodos generalmente mayores que los precedentes; de modo que en esta época se van alejando sucesivamente los grandes terremotos, ó haciéndose tardos. De estas observaciones nace naturalmente la clasificación de los grandes terremotos, por épocas que pueden calificarse de *terremotos*. Llamando 1ª época *terremotos*, la correspondiente al descubrimiento y la conquista de la América, fenecida aquella época en 1766, será 2ª la que acabó en 1809, y 3ª la que atravesamos.

Se observa igualmente cierta especie de *máximos* y *mínimos* en los periodos trascurridos; es decir, que los espacios de tiempo que median de terremoto á terremoto, van creciendo hasta un número máximo, en que decrecen hasta un número mínimo; notándose además que los periodos inmediatos siguientes á los mínimos, que llamaremos *periodos de espectacion*, son siempre menores que los máximos inmediatos precedentes. De ambas observaciones resulta por consecuencia, que el periodo de espectacion se halla entre dos límites, el mínimo y el máximo precedentes; observándose que dicho periodo se acerca mas del mínimo que del máximo.

No importa en la apreciación de los tiempos trascurridos de terremoto á terremoto de los enumerados, la cuenta de los años bisestos, ni de los meses, dias y horas en que sucedieron los sacudimientos, porque la mayor diferencia que puede resultar entre los periodos exactos y los enumerados, no altera la condición creciente y decreciente de estos, ni tampoco la minoría de los periodos de espectacion, comparados con los máximos inmediatos precedentes, por el considerable exceso que tienen entre sí la mayor parte de los periodos, y porque en los periodos 3, 5 y 7 que difieren poco, queda disipada toda sospecha en vista de los meses y dias en que se operaron los terremotos de 1794 (10 de setiembre), 1797 (14 de diciembre), y 1802 (14 de agosto).

Se cumplieron los periodos máximos y mínimos en los años que se expresan á continuación:

En 1766 un máximo de	123 años.
En 1776 un mínimo de	10 »
En 1794 un máximo de	48 »
En 1797 un mínimo de	3 »
En 1839 un máximo de	30 »
En 1853 un mínimo de	14 »

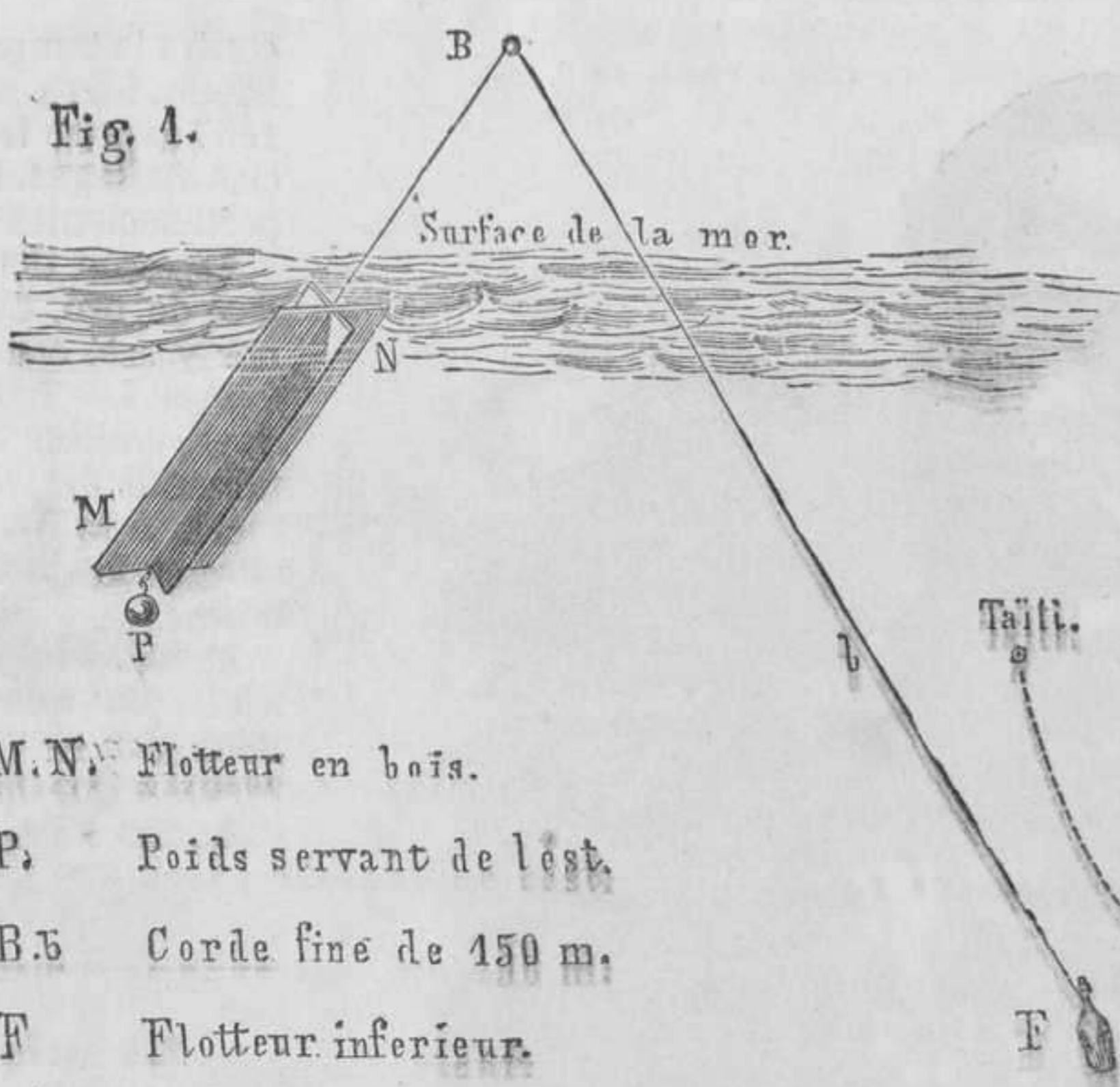
Como se observa que despues de un periodo máximo, el siguiente es un mínimo; no hay duda de que el periodo vencido en 1853 es un mínimo; y que por consiguiente para que Cumaná sufra otro terremoto violento, es menester que trascurra un periodo mayor de 14 años y menor de 30 (máximo inmediato precedente).

Tratándose de determinar un periodo de espectacion cualquiera, habrá que resolver este problema: « Dados dos números que llamaremos *a* y *b* encontrar un tercer número *x* que esté entre *a* y *b*, acercándose mas del menor *b* que del mayor *a*. » Esta cuestión tiene varias soluciones, basta que el número *x* equidiste de los dos números *a* y *b*, ó sean iguales las diferencias *a-x* y *x-b*; lo que da esta ecuacion:

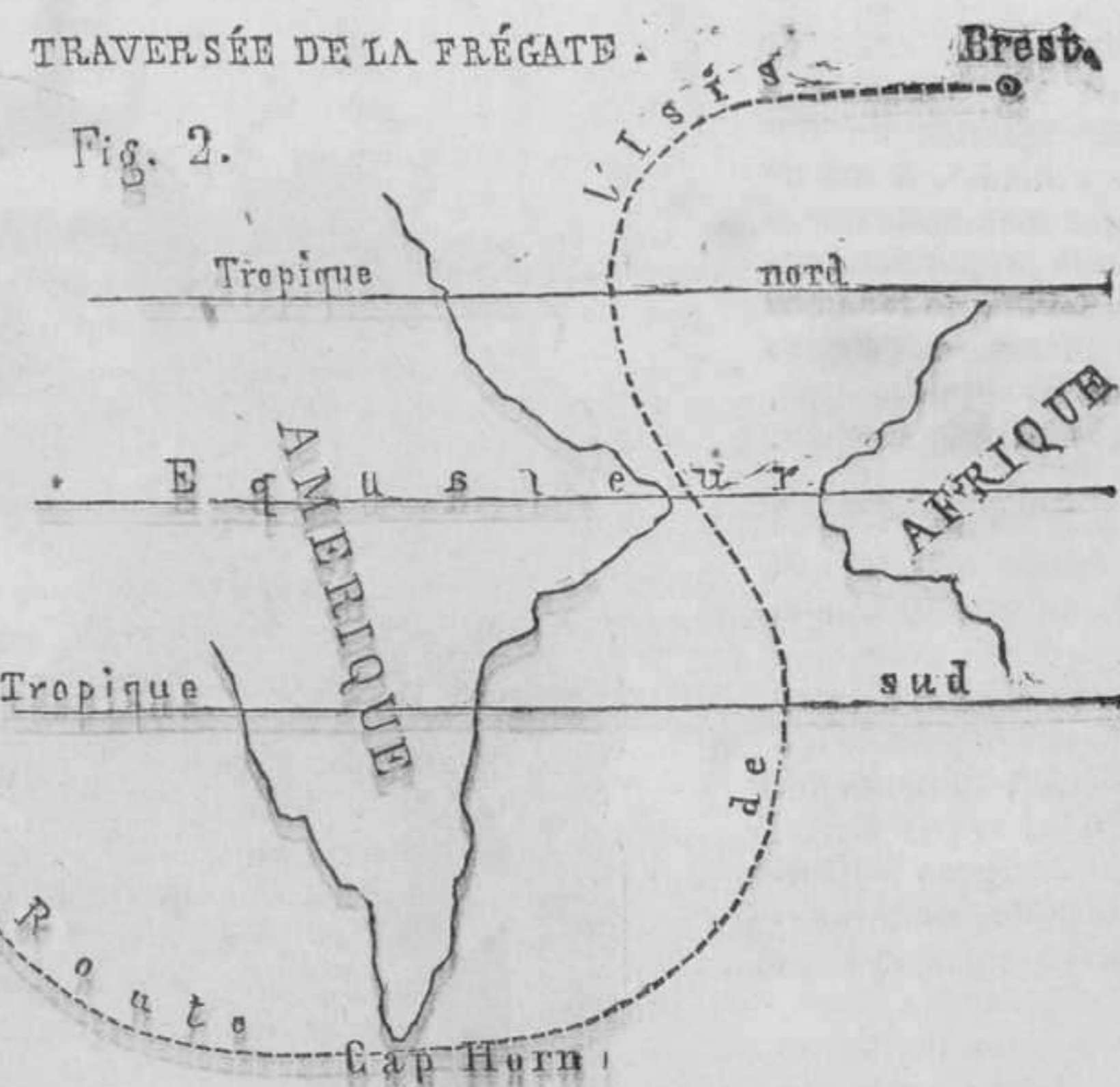
$$a - x = x - b; \text{ de donde se saca que el medio aritmético}$$

$$x = \frac{a+b}{2}.$$

Cualquier número mayor que este, acerca á *x* mas de *a* que de *b*; y cualquier número menor, acerca á *x* mas de *b* que de *a*. Manejándonos con números enteros, para tener un número menor muy próximo al número equidistante,



INSTRUMENTO INDICADOR DE LA CORRIENTE EMPLEADO A BORDO DE LA FRAGATA FRANCESA ISIS.



TRAVERSÉE DE LA FRÉGATE ISIS.

restemos una unidad de la fórmula anterior; y vendrá:

$$x = \frac{a+b-2}{2}.$$

De los diversos valores de *x*, este es el que dista mas de *b*, sin dejar por eso de acercarse mas de *b* que de *a*.

Sirviéndonos de esta fórmula para determinar el periodo de espectacion que está corriendo Cumaná, haremos *a* = 30 y *b* = 14; y obtendremos que *x* = 21. De modo que podremos decir que para que Cumaná experimente otro terremoto violento, deben pasar á lo menos 14 años, y á lo mas 21 desde 1853 en adelante; y como ya se han vencido siete años, todavía faltan otros siete para principiar á temer la catástrofe; cuyo término se vencerá en 1867. — El terremoto de 1853 fué el 15 de julio. De mínimos á máximos median largos intervalos de tiempo que pueden aproximativamente formar una progresion aritmética creciente, aplicable á ciertas épocas terremotosas.

Despues de los mínimos 10 y 3 se tienen estos dos intervalos. 1º: 18 en que se cumplió un máximo. 2º: 42 = 5 + 7 + 30 en que se cumplió otro máximo.

La diferencia entre 42 y 18 es de 24; y la progresion puede por ahora ser esta: ÷ 18. 42.

Conocidos el primer término de una progresion aritmética y la diferencia comun, se calcula un término cualquiera por esta fórmula:

$$t = a + (n - 1) d; \text{ siendo } a \text{ el primer término, } d \text{ la diferencia, } n \text{ el número que designe el lugar que ocupe el término que se busca, y } t \text{ este término.}$$

Fácil es ya conocer si un periodo cualquiera es un máximo, porque para ello bastará, despues del mínimo anterior, sumar los periodos siguientes hasta el periodo de que se trata; y luego ver si esta suma es igual al *intervalo* ó término que dé la progresion.

Conforme á esto, si en Cumaná se ha de sentir otro gran terremoto al cabo de los 21 años ó en 1874 como se ha supuesto, podemos estar ciertos que este periodo de 21 años no es un máximo, porque el tercer término de la progresion que corresponde al tercer *intervalo*, es 66. Menester es por tanto que corra otro periodo mayor que 21 que complete el número 66, ó dos periodos mayores que 21 cada cual y crecientes entre sí, que sumados con 21 den el total de 66.

Los máximos con los mínimos que les siguen parecen conservar próximamente una razon aritmética constante en ciertas épocas terremotosas. — El máximo de 18 con su mínimo de 3; y el máximo de 30 con su mínimo de 14 forman dos razones ó diferencias casi iguales: el término medio de estas dos diferencias es de 15 1/2 y se puede tomar 16 para la razon constante. Dado un máximo se restará de él la razon, y el residuo será el 4º término de la proporcion aritmética ó el mínimo que se busca, segun las reglas de estas proporciones.

Aunque no se tienen detalles sobre la intensidad y duracion de los terremotos anotados, por sus efectos ó desastres con relacion á la clase de arquitectura ó edificacion y á la poblacion de Cumaná en tiempos diversos, se pueden designar los mas violentos terremotos operados en el mismo lugar. Segun los datos históricos, las noticias que por tradicion he podido recoger y la experiencia propia adquirida en los fuertes sacudimientos de 1839 y 1853, los terremotos mas grandes que ha experimentado Cumaná, son los de los años de 1530, 1766, 1797 y 1853, formando estas desecuciones:

Terremoto de 1530	Terremoto de 1766	Terremoto de 1797	Terremoto de 1853.
-------------------	-------------------	-------------------	--------------------

Para dar una nocion menos vaga de la intensidad y duracion de estos terremotos, tomaremos por unidad el terremoto de julio de 1853; y antes de toda comparacion lo describiremos brevemente. — La multitud de notables grietas abiertas en la tierra, el oscurecimiento del cielo por la mucha cantidad de vapores escapados de las entrañas del globo, los peñascos rodados en la montaña vecina que demora al Sur, la playa hundida en parte, las colinas inmediatas desmoronadas, las fuentes brotadas por la tierra, las murallas espesas, sólidas y de una altura insignificante volcadas de plano, los habitantes tumbados repentinamente sobre el suelo, el gran número de edificios de pajareque destruidos ó deteriorados, y otros estragos semejantes producidos por un movimiento de oscilacion de SE á NO., y por otro de trepidacion, durante 15 ó 18 segundos, dan una idea adecuada de aquella conmocion seguida el propio dia y otros hasta agosto del mismo año por diversos temblores de tierra poco fuertes, como la

condicion característica que de ordinario se advierte en los grandes terremotos. Hecha la comparacion, puede deducirse relativamente á la intensidad y duracion de los sacudimientos, que el terremoto de 1530 fué como 2; el de 1766, como 1; y el de 1797 como 1/2; ó en otros términos, que el terremoto de 1530 fué doble del de 1766; este, doble del de 1797, y este, mitad del de 1853. Los terremotos que se han operado en periodos máximos son los de los años de 1766, 1794 y 1839; y en periodos mínimos, los de los años 1776, 1797 y 1853. En cuanto al de 1530 ignoramos á qué periodo corresponda. Comparemos los terremotos de los periodos máximos con los de los periodos mínimos. — El de 1766 verdad es que fué

mayor que el de 1776; pero los de 1794 y 1839 fueron menores que los de 1797 y 1853, muy particularmente el de 1839, que bien puede reputarse como la tercera parte del de 1853; de donde se deduce que los terremotos que se operan en los máximos, unas veces son precursores de sacudimientos menos violentos, y otras de sacudimientos mas violentos; sin duda porque en general, la intensidad y duracion de los terremotos no dependen solamente del tiempo que los separa.

En Caracas partiendo del año de 1641, se han sentido hasta el dia 4 grandes terremotos, uno en cada año de los que siguen:

1º	— 1641,	2º	— 1703,	3º	— 1766,	4º	— 1812.
Y han trascurrido 1 siglo y 71 años.							
Del 1º terremoto al 2º pasaron				62 años.			
Del 2º	al 3º		63				
Del 3º	al 4º		46				
171							

Es conjeturable que en 1641 se feneciera una época terremotosa en que los violentos sacudimientos fueran tardos en Caracas; y que se esté corriendo otra época en que estos sacudimientos se vengán haciendo frecuentes, á la inversa de lo que sucede en la 3ª época que atraviesa Cumaná.

En 1766 se cumplió un periodo máximo de 63 años; y ya no es dudoso que el periodo de 46 vencido en 1812 es un mínimo, puesto que de aquel año al presente han pasado mas de 46 años (48 años) sin que se haya sentido en Caracas otro terremoto violento; de suerte que es preciso que trascurra un periodo ya no solo mayor que 46 años, sino que 48 á contar de 1812 en adelante para que se repita la catástrofe. Aplicando á los grandes terremotos de Caracas por una razonable analogia las reglas que suministra la observacion en Cumaná, el periodo mayor que 46 debe ser menor que 63 (máximo inmediato precedente); y en tal caso este periodo de espectacion en que se halla Caracas, es en la hipótesis mas favorable, segun la fórmula que hemos deducido para Cumaná, de 53 1/2 años ó de 54 tomando una unidad por el quebrado. — Podemos concluir, que para que en Caracas haya otro terremoto violento han de pasar 46 años á lo menos y 54 á lo mas desde 1812. Los 46 se han cumplido en 1858; y desde entonces ha debido principiar el temor de la catástrofe que á mas tardar puede ser pasados 6 años en 1866; lo que es presumible, porque en la época terremotosa que corre Caracas, los grandes sacudimientos se vienen haciendo frecuentes. — El terremoto de 1812 fué el 26 de marzo.

Hasta ahora está comprobado por la experiencia, 1º que existen los máximos y mínimos, y 2º que los periodos de espectacion son menores que los máximos inmediatos precedentes, acercándose mas de los mínimos que de los máximos. Respecto de algunos cálculos no merecen mayor confianza, porque han sido sacados aproximadamente y por inducciones; pero acaso pueden dar margen á otras investigaciones.

Cumaná, octubre de 1860. — FERRO-CARRILES: — Publicamos á continuacion una curiosa noticia de los ingresos de los ferro-carriles españoles durante el año de 1860.

En la línea de Madrid á Alicante el aumento de los ingresos de este ejercicio sobre los del anterior es de mas de 4 millones, aumento de consideracion si se atiende á que en esta línea no ha variado el número de kilómetros puestos en explotacion, y que por lo tanto manifiesta el desarrollo gradual del tráfico.

En la línea de Madrid á Zaragoza se conoce ya la apertura de la seccion hasta Jadraque, pues los ingresos del cuarto trimestre representan casi una mitad de los obtenidos en los tres anteriores.

Hasta que se halle enteramente terminado, no debemos ocuparnos del ramal de Ciudad Real, que tan excelente porvenir ofrece cuando quede unido á la línea de Ciudad Real á Badajoz.

El Norte de España abrió 128 kilómetros desde Valladolid á Alar en 1º de agosto, y 42 mas desde Medina en 22 de setiembre: á esta seccion corresponden la mayor parte de los ingresos por una suma de 6.567,329 rs., perteneciendo los ingresos por una suma de 6.567,329 rs., perteneciendo los ingresos por una suma de 333,967 rs. restantes á los trozos de Sanchidrian á Medina, y de la Venta de Baños á Burgos (140 kilómetros) en los veinte dias trascurridos desde el 5 de diciembre en que se abrieron á la explotacion, hasta el 25 del mismo mes, pues en la últi-

ma semana del año no hubo ingresos á causa de las inundaciones. — La línea de Valencia á Almansa presenta sobre el año anterior un aumento de unos tres millones y medio, ó sea de mas de una tercera parte, lo que manifiesta que el tráfico se va desarrollando en una proporción conveniente. De la de Córdoba á Sevilla no tenemos mas ingresos que los de once meses, careciendo de los de diciembre á causa de las inundaciones, que han hecho grandes estragos en este camino, llevándose dos puentes.

Los productos de Sevilla á Jerez se refieren solo á los diez meses que ha estado abierta á la explotación esta línea desde 1° de marzo, con el tráfico únicamente de viajeros.

El crecimiento de los productos del ferro-carril de Alar á Santander es notable, pues asciende á 4 millones mas que en el año anterior, aumento debido á la union de este ramal con la línea del Norte.

Careciendo de los ingresos de Zaragoza á Pamplona, nada podemos decir acerca de los resultados obtenidos en la parte que se encuentra ya abierta á la explotación.

Si la cifra de los ingresos de la línea de Barcelona á Zaragoza no se hallan tal vez en relación con el aumento kilométrico que ha tenido, es preciso no olvidar que este aumento resulta únicamente desde junio, y que en la sección de Manresa á Lérida no se ha organizado enteramente el servicio. Al abrirse el completo de la línea, que debe ser dentro de un plazo no muy largo, pues las locomotoras llegan ya hasta Monzon, es cuando se podrá apreciar bien su porvenir.

Fusionadas ya las compañías de Granollers y de Mataró, tendremos ocasión en lo sucesivo de ocuparnos de estos caminos; por esto no lo hacemos hoy, así como de algunos otros, por carecer de datos suficientes.

Viniendo ahora á los resultados generales del año, estos no pueden ser mas satisfactorios, á pesar de tratarse de un ejercicio cuyas condiciones comerciales no han sido las mejores. La suma de los productos de 1860, sin incluir los de algunos ferro-carriles que no hemos podido obtener, presenta un aumento de 35 millones y medio sobre el total de ingresos de 1859, aumento que bien se puede hacer subir á 37, calculando que los ferro-carriles que faltan hayan producido lo mismo que en el año anterior.

El aumento de kilómetros es de 735; pero el haberse puesto en explotación en diferentes épocas del año es causa que no se pueda hacer una apreciación exacta de los verdaderos productos kilométricos; que sin embargo son excelentes, pues

considerados proporcionalmente los kilómetros, según los meses que se han explotado, dan un producto de cerca de 80,000 rs. por kilómetro.

Pedro Espagne.

Pedro Espagne, cabo de carabineros franceses residente en Burdeos, cuyo retrato damos aquí, se ha distinguido por muchos actos valerosos. Ha salvado á muchos naufragos en una mar furiosa, y nunca ha vacilado en exponer la vida para acudir en socorro de uno de sus semejantes. En 1851 salvó á dos hombres que luchaban



PEDRO ESPAGNE.

contra la tempestad. En 1854, en un gran naufragio, logra salvar á algunos marineros. En 1857 expone tres veces su vida en circunstancias análogas. En 1859 salva á unos marineros pertenecientes al buque prusiano *Teutonia*.

Espagne tiene medallas de plata y medallas de oro. Es caballero de la Legión de Honor y está condecorado con el Aguila Roja de Prusia. Los habitantes del pueblecillo de Vendays, canton y distrito de Lesparre, departamento del Gironde, han dirigido una Memoria á la Academia francesa, encargada de otorgar los premios fundados por M. de Montyon.

La Academia francesa, una vez enterada de los hechos que se indican en esta Memoria, no dejará de otorgar á Espagne uno de los premios que ha recibido misión de distribuir cada año á los héroes de la humanidad.

P. P.

La miseria en Londres.

La miseria en Londres, durante el invierno rigoroso que acabamos de atravesar, ha sido terrible en las clases obreras. Además de los numerosos establecimientos fundados en muchos barrios por la Sociedad de socorros, que ha gastado en la estación del frío mas de 50,000 libras esterlinas en distribuciones de pan, carne, combustible, vestidos, etc., las oficinas de policía han recibido sumas considerables de las personas caritativas que no hallaban un medio mejor de distribuir sus limosnas. De este modo la comisaría del Támesis pudo, en la noche del 18 de enero, socorrer á mas de dos mil infelices pertenecientes á la clase trabajadora, á juzgar por su exterior, su actitud resignada y su buen orden. Cada uno de estos desventurados recibió, según sus necesidades, un socorro que variaba de un bono de pan á la suma de 7 chelines. Entre ellos se notaban un pastor protestante y un sacerdote católico que habian ido á pedir limosna para los pobres de su parroquia. El primero recibió 10 libras y 20 el segundo.

Nuestro grabado representa el interior de uno de los establecimientos de los doce distritos fundados en Coventry por la Sociedad de socorros para la distribución de víveres.



LA MISERIA EN LONDRES. — DISTRIBUCION DE VIVERES A LOS INDIGENTES.